

LA NOCHE DE LA MOMIA

CURTIS GARLAND

Y un simple cadáver, un cuerpo muerto durante milenios, se transformó en la hermosa Hatharit, la perversa sacerdotisa del Espíritu del Mal.

En sus ojos llameó nuevamente una luz perdida en la noche infinita de los tiempos. Algo vital, ardiente y demoledor, saltó a las pupilas negras y malignas. Su mente dio una orden a alguien. Una orden que había esperado casi tres mil años.

—¡Destruye! ¡Destruye, Ekhotep! ¡Mata! ¡Acaba con los humanos que causaron tu infortunio y el mío! ¡Es una orden! ¡La orden de Hatharit, hija y sacerdotisa de Apophi, Espíritu del Mal…!

Súbitamente, entre los vendajes manchados de brea aromática, algo cobró vida, algo se movió y palpitó al influjo maléfico de la hembra rabiosa, vuelta desde las sombras de la Muerte.

Y hacia el cuello de *sir* Ronald Gilling, se movieron, sigilosas, inadvertidas, dos manos crispadas, de las que pendían pingajos e hilachas de vendajes remotos…

Un alarido repentino, largo y aterrador, brotó de la tumba oscura y polvorienta.

Un grito de muerte, escapado de una desgarrada garganta humana, corrió en la noche silenciosa del Valle de los Reyes, bajo las estrellas inmutables que, acaso, milenios antes, asistieran al principio de aquella tragedia.



Curtis Garland

La noche de la momia

Bolsilibros: Selección Terror - 29

ePub r1.0
liete 14.12.14

Título original: *La noche de la momia*
Curtis Garland, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

¡Oh, tú, inmóvil e inerte como Osiris; tú, inerte e inmóvil como Osiris, cuyos miembros están helados… Sal de tu inmovilidad, para que tus miembros no se pudran! ¡Que no se separen de tu cuerpo y te abandonen! ¡Que mi cuerpo no se pudra! Pues yo… yo soy Osiris.

(Invocación funeraria egipcia, para que se impidiese la putrefacción del difunto. Trámite sacerdotal, correspondiente al ritual de embalsamamiento del muerto).

PRÓLOGO

Exhaló un alarido desgarrador, terrible.

Su garganta pareció estirarse, a punto de romperse sus cuerdas vocales. La voz humana rebotó con estridencias súbitas en la tremenda oquedad, y pareció dar tumbos de muro en muro, entre las pinturas policromadas que acompañaban al difunto.

Los dedos femeninos se engarfiaron en la pesada losa que se cerraba, implacable.

Con tanta fuerza trató de hincar sus dedos en la piedra, que las largas uñas manicuradas, saltaron, quebradas como astillas. Y alguna de ellas, tan profundamente lo hizo, que la sangre corrió por los dedos, dejando surcos rojos en la losa.

Ésta cayó al fin con un estrépito sordo, estremecedor casi.

Los ojos de ella, de un verde centelleante, se dilataron con horror infinito. La boca roja, carnosa, sensual, se crispó en un gemido roto, que casi era un estertor. Retrocedió vivamente, agitándose las sedas y gasas suntuosas en torno a las curvas lascivas de su cuerpo dibujado entre las telas.

Quiso gritar de nuevo, expresar en aquel momento su pavor. Y gritó, un grito que se quebró en su garganta, ahogándose en un sollozo espasmódico, bronco. Aferrada a la losa de la entrada, tan hermética ahora que, durante siglos y siglos, nada ni nadie sería capaz de moverla de su lugar, comprendió que ya todo era inútil. Que todo había terminado.

Tras ella, comenzó el sordo, profundo rumor. Creció paulatinamente de tono. Se volvió, aterrada. Su faz de bronce vivo tenía ahora un matiz ceniciento, a la luz de las lámparas de aceite que humeaban en las hornacinas de la antecámara funeraria.

Contempló, despavorida, a los hombres que serían su compañía hasta el mismo fin. Lo único vivo allí dentro, aparte de ella misma.

Diez hombres. Diez figuras silenciosas y herméticas,

ascéticamente sentadas a la puerta de la cámara fúnebre. Envueltos en la oscura estameña de su condición inferior. Rapados, inexpresivos, resignados a su suerte de ser sepultados en vida.

¡Sepultados en vida!

La conciencia de esa tremenda verdad que ella bien conocía, agitó su cuerpo con una sacudida, con un escalofrío violento. Su piel se cubrió de un tenue velo de transpiración helada.

Y se preguntó cómo era posible que aquellos hombres, aquella decena de seres inferiores, diseñadores y constructores de la tumba del Faraón, aceptasen tan estoica, tan indiferentemente, su terrible destino.

De sus bocas brotaba aquel murmullo, que era un cántico ritual, un soniquete, una letanía monocorde y siniestra. El coro de un puñado de hombres que aceptaban la muerte con total indiferencia. Como antes habían aceptado sin pestañear el terrible sacrificio impuesto por la ley del Faraón: la mutilación de sus bocas, el corte brutal de sus lenguas.

Ahora, mudos y sentenciados a morir, solamente podían emitir por sus bocas aquel largo lamento musical, como un gruñido melodioso y profundo, de graves inflexiones, que les convertía en un coro alucinante.

—No, no… —corrió hacia ellos, extendidos sus brazos, patéticamente—. ¡No podéis aceptar así vuestro destino! ¡No podéis cantar, esperando ahí sentados a que el aire respirable se extinga, a que esas luces dejen de brillar, y en la oscuridad… muramos todos, horriblemente despacio, faltos de oxígeno, de capacidad de respiración, arrastrándonos como reptiles por el suelo de esta maldita tumba!

Los rostros indiferentes de los rapados condenados, la contemplaban, sin emoción alguna. En sus ojos oscuros y fríos parecían brillar el destello de un evidente desprecio hacia la hermosa y altiva mujer que antes disponía de la vida y la muerte de muchos egipcios, y ahora temblaba y sollozaba, llena de terror, ante el destino de su propia existencia en aquel sepulcro hermético, de donde ya jamás se podía salir.

Uno de ellos, mientras los demás proseguían su cántico monótono y sin palabras, sacudió la cabeza, despacio. En el suelo de arena oscura, su dedo trazó unas figuras jeroglíficas, que ella

entendió por su claridad meridiana. El hombre mudo expresó con la escritura, lo que su lengua no era capaz de exponer, mutilada por el tremendo castigo que se imponía, según la ley, a todo constructor de tumbas, antes de ser enterrado en vida con el Faraón, cuando éste muriese, para impedir que absolutamente nadie en el Reino pudiese saber cómo llegar hasta la cámara funeraria donde reposaba el monarca con sus tesoros.

El texto era conciso:

> Primero se extinguirán las luces de aceite, cuando falte el aire. Luego, seguiremos nosotros. Así lo quieren los dioses y así debe ser. Resígnate, mujer.

—¡Jamás! —chilló ella, desesperada—. ¡No, no puedo resignarme, malditos todos! ¡Quiero salir de aquí! ¡Deseo vivir! ¡Vivir…!

Ninguna respuesta ya. La mano borró pausadamente las figuras jeroglíficas del suelo y fueron diez las voces que entonaron ahora la letanía interminable y ululante.

Ella corrió hacia una de las lámparas de aceite. La llama aún era brillante, y despedía el aroma perfumado de las grasas utilizadas en las lámparas funerarias. Respiró con apuros, como temiendo agotar más pronto el aire respirable acumulado en la cámara faraónica. El aire que, forzosamente, debía respirar con aquellos diez seres inferiores, los diez mudos cantores de rapado cráneo, en cuya piel tersa y calva brillaban las llamas de aceite pálidamente.

Un destello maligno cruzó los verdes y hermosos ojos de la hermosa mujer. Su boca se crispó, colérica, en un espasmo cruel.

Contempló a los diez inmóviles, estáticos cantores sin lengua. Después, sin que nadie pudiese importunarla, entró en la cámara funeraria, propiamente dicha, haciendo girar la piedra repleta de jeroglíficos…

La luz dorada de varias lámparas religiosas, rodeando el féretro suntuoso, de madera labrada y recubierta de láminas de oro, del gran Faraón,
Ekhotep IV
, extendió su rectángulo amarillo por la tétrica antecámara. Ninguno de los mudos sentenciados siguió a la hermosa mujer al

interior de la cámara funeraria. Solamente ella entre grandes bandejas de frutas jugosas, carnes asadas, pescados del Nilo, inciensos, perfumes, joyas, armas, escudos, objetos preciosos de metales de incalculable valor, pedrería suntuosa y cuanto constituía el tesoro con el que el difunto era conducido a su última morada.

Examinó ella todo aquello, con relampagueo de cólera en sus ojos. La codicia ya no significaba nada allí. Todo el oro, las piedras preciosas, el valor incalculable de aquellos montículos centelleantes, nada valía dentro de una tumba hermética, cuyo secreto de cierre y apertura sólo conocían los diez hombres sepultados. Pero que en modo alguno podría jamás abrirse desde dentro.

Contempló, furiosa, la mascarilla en oro del Faraón. Silabeó entre sus dientes nítidos, blancos, que asomaban bajo los labios, jugosos como la pulpa de aquellos frutos escogidos:

—¡Maldito! ¡Maldito seas por una eternidad,
Ekhotep IV
! ¡Te han llamado tus súbditos el Faraón Maldito por tus crímenes, y maldito seguirás siéndolo, porque así lo deseo yo, la Sacerdotisa de Apophi, el Espíritu del Mal! ¡Yo, Hatharit, Hija de Apophi, Servidora de las Tinieblas, conjuro a los dioses de la Oscuridad, a los habitantes del infierno, el llameante y maléfico *Duat* de siete mansiones y siete *Arrits* por donde ha de pasar tu *ka*, para que nunca, nunca llegues a ser el *ba* anhelado![1]

Y sus brazos lúbricos trazaban voluptuosos signos cabalísticos en el aire, sus dedos se enroscaban en el humeante espacio amarillo de la tumba, describiendo trazos invocatorios de los más siniestros designios.

Todo ello sucedía ante el féretro y la mascarilla de oro puro del gran
Ekhotep IV
, señor de Egipto. Y como al conjuro perverso de la hermosa sentencia, bailotearon de súbito las llamas de aceite, oscilando las luces como si llegase a ellas un soplo imposible de aire. Un aire que no existía allí en modo alguno, a excepción de aquel que se extinguía por momentos, compartido por once seres vivientes.

Ella bajó lentamente los brazos. Sus ojos se fijaron en la hoja metálica, centelleante, de un largo y ancho instrumento bélico,

inseparable del Faraón en sus campañas guerreras: la larga y curva cimitarra, de filo agudo, capaz de cortar cabellos en el aire…

La mano enjoyada, de rotas uñas, de la hermosa sacerdotisa, se dirigió lentamente a por ese objeto. Un momento después, lo esgrimía en sus manos.

Se movió hacia la antecámara, con una mueca de salvaje complacencia en sus rojos labios sensuales. Aproximóse, ahora, a espaldas de los mudos cantores, que proseguían con su monocorde, siniestra letanía sin palabras. El murmullo era escalofriante. Ella se detuvo tras la doble hilera de cabezas rapadas, brillando a la luz de las lámparas.

Luego, inesperadamente, con unas fuerzas gigantescas que nadie hubiese imaginado en aquellas manos femeninas, empuñó con ambas la cimitarra terrible y la accionó dos, tres, cuatro veces, de lado a lado, en una siega terrorífica y sangrienta.

* * *

Los regueros de sangre corrían por la tierra. Los diez cuerpos decapitados yacían en un confuso montón.

La letanía había concluido. Un silencio de muerte reinaba en la antecámara real.

La cimitarra cayó de las manos sangrantes. Los dedos de Hatharit, la sacerdotisa, gotearon rojo sobre la tierra removida y sobre las estameñas oscuras de los diez arquitectos decapitados.

Las luces, en las hornacinas, habíanse vuelto más macilentas, pero aún brillaban con fuerza. Quedaba ahora mucho aire respirable allí. Y para ella sola.

Aire para respirar, frutos que comer… Quizá alguien acudiera en su ayuda. Pensó en el indigno sacerdote Sekhmef, que faltó a sus juramentos por ella. Había huido de Tebas. Quizá sabía dónde estaba, quizá pudiese abrir la tumba de
Ekhotep IV
.

Era una remota esperanza. Pero era una esperanza. Y ahora disponía de días, quizá de algunas semanas de aire respirable, de alimentos, de vida en suma, junto a la cámara regia donde reposaba

la momia del Faraón, envuelta en sus vendajes y en sus bálsamos.

La cimitarra era ahora de un escarlata oscuro y siniestro, tras los diez tajos mortíferos y despiadados. Ellos habían aceptado esa suerte con sorpresa, quizá con su resignación de siempre. Acaso pensaron que era mejor morir así, piadosa y rápidamente, que esperar la interminable agonía…

Lo cierto es que ninguno resistió a la ferocidad destructora y sanguinaria de la bellísima Hatharit.

Ahora, se sintió más sola que nunca, en el silencio mortal de la cámara fúnebre. Más lejos del resto de los humanos de lo que nunca estuviera hasta entonces ser viviente alguno.

Pero caminó casi alegremente hasta la cámara real. Bebió largamente del vino excelente de una de las jarras de oro. Luego, hincó sus dientes en la pulpa de las frutas escogidas y paladeó su néctar casi voluptuosamente.

Riendo incluso, tomó joyas, piedras preciosas, adornos de oro, se cubrió con todo ello, y luego miró indiferente al sarcófago real… y le escupió, con un destello de odio en sus ojos hermosísimos y crueles.

—¡Cerdo! —silabeó, insultando al difunto—. ¡Fuiste un mal Faraón por mi culpa! ¡Yo te hice maldito ante tu pueblo! ¡El deseo y la codicia te cegaron, las pasiones más bajas y abyectas te fueron dictadas por mí, y tú seguiste tu camino de perdición sin darte cuenta, hasta que el propio pueblo terminó contigo! ¡La muerte te llegó de manos de quienes eran tus súbditos y esclavos, porque te odiaban y deseaban verte muerto! ¡Y yo, estúpida de mí, no supe huir a tiempo, y me vi condenada, por adúltera, a morir aquí, contigo, sepultada en vida! ¡Los sacerdotes me sentenciaron, probados mis delitos contra el pueblo, la religión, contra tu esposa y contra los jóvenes sacerdotes a quienes yo perverti! ¡Ahora serás, por los siglos de los siglos, el Faraón
Ekhotep IV
, y sólo los buitres rondarán tu tumba!

Se puso la tiara real, tomó el báculo faraónico, y ante el féretro imitó una danza entre lasciva y macabra, burlándose del difunto.

—¡Yo te invoco,
Ekhotep IV
! —siseó, malévola, deteniéndose ante el sarcófago—. ¡Yo como

Sacerdotisa de Apophi, Espíritu del Mal, yo invoco a que vuelvas a la vida, te conmino a que por un solo instante salgas de esa tumba tuya, y puedas ver lo miserable que es todo lo que te rodea, lo que te odia y desprecia esta mujer, que creíste tuya, y como hija predilecta de las sombras infernales de Apophi, te reto a que en el futuro, aquel que llegue hasta nosotros, y demasiado tarde ya, nos saque de este encierro maldito, pague con su vida esa acción! ¡Y que ambos, vueltos a la vida cuando ello suceda, en nombre de Apophi, sigamos siendo los mismos malditos seres que ahora somos para tu pueblo, y sigas siendo dócil y obediente a mis órdenes, como lo fuiste en vida,
Ekhotep IV
! ¡Así lo pido en nombre de Apophi! ¡Que las Tinieblas permitan que se cumpla mi designio…!

Arrojó los frutos y joyas al suelo. Bebió más vino, y lanzó un chorro a sus pies. Hizo una nueva invocación. Del charco de vino se elevó un vapor rojizo.

Y crujió el sarcófago.

* * *

Las luces temblaban en las hornacinas. El aire olía a bálsamo y a perfumes pegajosos. Empezaba a hacerse pesado, poco respirable. Angustiada, Hatharit pensó que no duraría tanto como había imaginado. Acaso un día, quizá dos…

El sarcófago seguía con sus crujidos alucinantes. Los verdes ojos de ella no se separaban de la gran arca funeraria, centelleante de oro, lapislázulis, incrustaciones de nácar y de piedras preciosas…

—¡Arriba, Ekhotep…! —susurró, en éxtasis—. ¡Álzate de tu reposo eterno, sólo un momento para que veas la miseria de la muerte que te prometieron hermosa y llena de placeres, más allá de este mundo! ¡Contémplate a ti mismo, simple piltrafa sin entrañas, disecado y embalsamado, entre vendajes y ungüentos, dentro de ese féretro! ¡Ahí terminan las grandezas de un Faraón! ¡Y ésa es tu condenación eterna, por pérfido, asesino, adúltero e indigno! ¡Yo he sido responsable de ello, yo sigo siendo dueña de tu forma mortal, y mi Señor, el Espíritu Apophi, el de las Tinieblas Eternas, lo será de

tu pobre alma culpable!

Otro tremendo crujido, en el silencio pesado y perfumado de la cámara funeraria…

Saltó la tapa preciosa a un lado. Una segunda tapa se agitó, removiéndose… y una mano envuelta en vendajes asomó bajo la misma, aferrando la pieza de madera preciosa y oro, para moverla, para quitarla de encima de sí…

Ekhotep IV estaba volviendo a la vida.

¡El Faraón Maldito resucitaba, a la invocación de la sacerdotisa que fuese culpable e inductora de sus vilezas en vida!

Extática, dominante, triunfadora sobre la Vida y la Muerte con sus poderes maléficos, Hatharit contemplaba orgullosa la acción que tenía lugar en el suntuoso sarcófago.

Al caer la segunda tapa con un crujido seco, la momia del Faraón fue visible.

Y se incorporó, lentamente, con crujido seco de sus vendajes. La figura fantástica, espectral, de un ser envuelto en vendas, por entre cuyas rendijas despedía sus vapores aromáticos el bálsamo utilizado sobre el cuerpo vaciado, se agitó como si tuviera ojos, entrañas, cerebro, corazón…

Nada de eso permanecía dentro del cuerpo muerto. Y, sin embargo, aquel ser se movía, caminaba ahora, hacia la sacerdotisa, que le contemplaba arrogante, dominadora con una mueca triunfal en su boca carnosa.

—Vencí, Ekhotep… —susurró—. ¡Vencí de nuevo, más allá de la misma vida!

Rendijas oscuras, sin ojos, donde la oscuridad misma de la Muerte y lo Desconocido parecía palpitar con una vitalidad siniestra e inconcreta, se fijaban en ella. Como si unas invisibles pupilas, en las vacías cuencas cosidas del cuerpo momificado, se clavaran en ella, en la mujer dueña de las artes infernales de Apophi.

—¿Por qué…? —un murmullo alucinante, espectral, increíble, brotó de la boca sin lengua, de la garganta sin posible vibración vital—. ¿Por qué hiciste esto?

La propia Hatharit, esta vez, se encogió, trémula, sin creer lo que escuchaba. Sacudió la cabeza, perpleja.

—No, no… —susurró—. No puedes tener voz, Ekhotep…

—Tampoco puedo tener vida… y la tengo —aquel susurro

escalofriante se elevó de entre los vendajes, como un jadeo sutil, profundo y hueco. Las manos vendadas se agitaron, torpes, en el aire. La alta figura del Faraón traidor, asesino y adúltero, se movió hacia la hermosa culpable de su perversión y de su indignidad—. Hatharit… ¿por qué no me dejaste, cuando menos, reposar en paz eterna? Nunca debiste… hacer esto…

Llegó ante ella. Hatharit le contempló, con ojos dilatados, casi temerosa ya de su propio poder diabólico, más allá de todo lo imaginable. Balbució ella, angustiada, al ver tan próximo el cuerpo cosido, vaciado, reseco y embalsamado, del hombre que fuera amo y señor de todo Egipto, y fácil instrumento en sus manos.

—Ya es tarde, Ekhotep. Lo hice, y eso basta. Contempla lo que te rodea: tu oro, tus tesoros, tus armas, alimentos, vino, sedas… y yo. Incluso yo, que es lo que más deseaste en el mundo… ¿Y de qué te sirve todo? ¿De qué puede servir tanta posesión a la momia de un Faraón ejecutado por su pueblo?

—No hables así… —susurró la voz llegada de la Muerte—. Déjame reposar… Vuélveme a mi sarcófago… para la eternidad.

—¡No! —aulló ella, virulenta, salvaje, con un centelleo rabioso en sus ojos—. ¡Nunca, Ekhotep! ¡Para la Eternidad, no! ¡Volveremos a la vida, cuando esa piedra de la puerta se mueva para dar paso a alguien, para comunicarnos con el exterior!

—No, no… —siseó el cuerpo del muerto que vivía—. Eso no. No sabes lo que dices… Hatharit, no invoques al Mal de nuevo. Ya no…

—¡Será así! ¡Apophi me escucha! —alzó sus brazos, triunfalmente—. ¡Yo pido al Espíritu del Mal que sigas siendo mío, en vida o en muerte, y me obedezcas por una eternidad! ¡Que seas leal y obediente a mi voz y mi pensamiento, y que cuando esa puerta se abra de nuevo, ambos volvamos a la vida, para vengarnos de los humanos que aquí nos sepultaron! ¡Ekhotep, así lo pido y así será…!

Una especie de soplo fantástico, agitó las llamas de las lámparas de aceite. Se extinguieron algunas. Otras bailotearon, a punto de apagarse para siempre. Hatharit las contempló, con repentino terror a la oscuridad, a la muerte, al fin definitivo…

—Así sea… —balbució la sorda, ronca, espeluznante voz de la Momia de
Ekhotep IV

—. Y así, seas mía en mi Reino, que ahora es el de las tinieblas y la Muerte, hermosa Hatharit, hasta que esa puerta se abra…

Ella trató de apartarse, al verle tan próximo. Tanto, que sintió la nauseabunda proximidad de sus vendajes, de su cuerpo inerte, pesado, lento… Quiso desviarse, ir lejos de la momia.

No pudo.

Repentinamente, los brazos vendados de ésta la rodearon. Hatharit le miró, angustiada.

—¿Qué pretendes? —jadeó—. ¿Por qué me abrazas…?

—Tuya es la voluntad. Tú lo quisiste. Seré tuyo y tú mía…, en el único mundo que me pertenece ya. Ven a él, Hatharit amada.

—¡No, no! —chilló, despavorida—. ¡Aún no, Ekhotep! ¡Espera a que el aire se extinga! ¡A que llegue mi hora…!

—Tu hora llegó. Ven conmigo… hasta que regresemos a la vida.

—¡No!

Su negativa desesperada se quebró en la garganta. Las luces últimas se apagaron. El aire olió pesadamente a aceite perfumado y a humo.

Unas manos vendadas, llegadas de más allá de la Muerte, se cerraron en torno al cuello de Hatharit, la sacerdotisa impura.

El grito fue luego un estertor. En la oscuridad eterna de la tumba faraónica, allá en lo más profundo del Valle de los Reyes, la muerte llegó para Hatharit antes de que el aire dejase de ser respirable.

Las manos del muerto ahogaron todo sonido y todo aliento en su garganta. La boca se crispó, en la estrangulación.

Luego, la momia soltó a Hatharit. Cayó el cuerpo vendado dentro del sarcófago. El cadáver de Hatharit, con los ojos terriblemente desorbitados, violáceo el rostro, rodó entre oro, frutos, piedras preciosas y jarras de vino exquisito, que volcó en su caída.

Dentro de la tumba real, el silencio eterno de los muertos reinó al fin, para durar siglos, siglos y siglos…

PRIMERA PARTE

EGIPTO, 1890

CAPÍTULO PRIMERO

Hubo un silencio profundo dentro de la tienda de campaña.

Afuera, en la cálida, estrellada noche egipcia, aulló algún animal, quizá simplemente un perro salvaje, perdido en las dunas arenosas del Valle de los Reyes.

Se miraron entre sí los expedicionarios. La lámpara de keroseno despedía una luz intensa, lívida y dorada, que recortaba las siluetas contra la lona circundante.

Sir Ronald Gilling volcó su frasco de buen *whisky* escocés sobre los labios. Gorgoteó el licor en la boca, y los demás le contemplaron con reproche, sin pronunciar palabra. *Sir* Ronald taponó de nuevo tranquilamente el frasco de ambarino licor.

—Lo siento —dijo, escueto.

Y se encaminó a la salida de la tienda. Parecía dispuesto a ausentarse del grupo. Le detuvo la voz de Lord Edwards:

—Un momento, Ronald. Creo que todos debemos permanecer aquí ahora.

—¿Tú crees?

—Hemos llegado juntos hasta este punto. Es lógico que sigamos adelante.

—Me gustaría saber para qué.

—Para conocer toda la verdad, cuando menos.

—La verdad… ¿Qué verdad, amigo mío? ¿La de unos chiflados supersticiosos que creen en los mensajes de ultratumba? —*Sir* Ronald Gilling soltó una carcajada—. Permíteme que ponga en duda el carácter científico de esta investigación.

—Conforme. No tiene mucho de científico, pero puede dar resultados. De hecho, los ha dado ya. Y no olvides, Ronald, que soy yo quien pone el dinero, después de todo.

—Eso no es fácil olvidarlo —hubo sarcasmo evidente en el tono de *Sir* Ronald—. ¿Quién puede ignorar, en Inglaterra o en Egipto,

que el muy poderoso e influyente Lord Edwards, es el mecenas generoso y desinteresado de la Expedición Tebas Oriental? Su dinero hará posible que muchos hallazgos arqueológicos vayan a parar a museos de El Cairo y de Londres. Que antiguos reyes egipcios desvelen el misterio de sus reinados, y, sobre todo, que nos ofrezcan las riquezas con que eran sepultados.

—Ronald, te noto demasiado cáustico en tus palabras —se irritó lord Edwards—. ¿Qué pretendes decir con todo eso? Bien saben todos que mi interés en esta expedición es puramente científico y cultural. Jamás he pensado en enriquecerme a costa de los tesoros faraónicos, por cierto harto problemáticos, dada la rapiña ejercida durante siglos en sus tumbas.

—Perdona si mi tono ha sido demasiado irónico, pero no me refería a ti particularmente cuando hablaba de las riquezas egipcias de las Dinastías aquí sepultadas…, sino a tu bella esposa y a su gusto por las joyas inimitables y únicas en el mundo, las que no pueden adquirirse en el Strand o en París a ningún precio.

—Estás ofendiéndome claramente, Ronald —terció agriamente *Lady* Edwards—. Y no me gustan los sarcasmos estúpidos. Ésta es una expedición que financia mi esposo. Y todo lo que en ella se halle, irá a parar a Museos y exposiciones.

—¿De veras? —rió entre dientes *Sir* Ronald Gilling, sacudiendo su pelirroja cabeza con aire dubitativo—. Perdona si dudo de tu sinceridad, Valerie. Pero en esta clase de expediciones, si se halla una tumba rica en tesoros, resulta tan fácil que se pierda un bello broche, una sortija, un collar o una pulsera sin posible copia en el mundo…

—¿Tratas de llamarme ladrona, o de insultar a mi esposo con sucias insinuaciones, Gilling? —se enfureció ella, avanzando dos pasos hacia *Sir* Ronald.

—No sé lo que trato de decir —suspiró su interlocutor—. Perdonad. Tal vez bebí demasiado esta noche, entusiasmado por el descubrimiento de la tumba del Faraón
Ekhotep IV
, más conocido en la historia del Imperio Nuevo como «el Faraón Maldito»… Disculpadme, pero necesito un poco de aire fresco, si es que lo hay en algún lugar en este maldito país.

Alzó la lona de la puerta, y salió al exterior.

Se perdieron en la distancia, sobre la arena, sus pasos crujientes. El campamento anglo-egipcio dormía apaciblemente bajo un cielo terso y estrellado. Cerca de ellos, el Nilo era una corriente azul y rumorosa. Alrededor, la cadena líbica, o Montes de Tebas, eran como un alto tajo, una petrificada catarata rocosa, que cerraba el lúgubre valle dedicado a cementerio regio durante miles de años, allá en el oscuro pasado casi mítico de la gran civilización egipcia.

En el interior de la tienda de campaña, se quedaron solos los cinco personajes restantes. Lord Edwards se apresuró a rodear con su brazo los hombros de su esposa, Valerie, aún irritada por las palabras hirientes de *Sir* Ronald. La confortó, llevándola consigo hacia el centro de la tienda, donde la luz amarilla de la lámpara de petróleo derramaba su claridad sobre el papiro extendido entre dos revólveres de calibre 38, de tambor rotatorio, que le servían de sujeción para que no volviera a enrollarse.

—Olvidad a Ronald —dijo secamente Terence Grant—. Él siempre habla demasiado, sobre todo, si tiene dos tragos de más. Y eso le sucede con demasiada frecuencia.

—Pero Ronald es un gran egiptólogo —terció vivamente el cuarto personaje del grupo, otra mujer, algo más joven y también más atractiva que Valerie, la esposa de Lord Edwards. Pero también más esbelta, menos opulenta de formas. Sus indumentarias, de color avellana, compuestas de camisa abotonada, con bolsillos, pantalones bombachos y botas, eran idénticas. Sólo que *lady* Edwards, aparecía bastante mejor dotada por la naturaleza al menos en cuanto a volumen, desde su busto agresivo hasta sus nalgas macizas.

—De acuerdo, Yvonne —aceptó *Lady* Edwards—. Un gran egiptólogo. Y un gran borrachín. Eso es lo malo de él. Hugh nunca debió contar con él para esta expedición, créeme.

—Perdonen que disienta de su opinión y esté de acuerdo con la señorita Mimieux —cortó fríamente el quinto y último miembro del grupo que quedara dentro de la tienda de campaña—. *Sir* Ronald Gilling no me es particularmente simpático, ni me parece que se lo resulte a ninguno de ustedes, pese a ser su socio y amigo, además de compatriota. Pero no hay duda de que es uno de los mejores egiptólogos de este grupo. Y de muchos otros de cuantos buscan tumbas por todo el Valle de los Reyes, se lo aseguro.

—Habló la voz de la experiencia —rió casi frívolamente Yvonne Mimieux, agitando su cabellera suavemente dorada—. Ammet ha hablado. Y, además, tiene toda la razón.

Ammet, el egipcio, sonrió, inclinando placentero su moreno rostro hacia el suelo. Los negros ojos centelleaban cuando se cruzaron momentáneamente con la joven francesa. Pero no hizo comentario alguno. En vez de ello, se quedó mirando el papiro, como si en sus complejos, nutridos, abigarrados signos jeroglíficos, auténtico mosaico policromo, estuviese la clave de algo que iba más allá del entendimiento de aquellas personas reunidas allí en la serena noche africana, tratando de penetrar en la oscuridad del pasado remoto de unos seres muertos.

—Bueno, estamos hablando quizá demasiado —terció la voz grave del joven Terence Grant—. Creo que deberíamos prestar toda nuestra atención a ese desconcertante papiro, y olvidar todo lo demás. Incluido Ronald, que podrá ser un magnífico egiptólogo, pero que también es un perfecto imbécil cuando bebe algo de más. Y eso le sucede con excesiva frecuencia, para su conveniencia y la nuestra.

—En resumen —habló con energía Lord Edwards—. Sigamos discutiendo este papiro. Y olvidemos a Ronald. Si quiere pasear a la luz de las estrellas, allá él. Si vuelve, aceptaremos su criterio con toda la autoridad que encierra. Lo que no toleraré son comentarios personales de mal gusto. Esa insinuación de que Valerie o yo podíamos escamotear alguna joya históricamente valiosa a los museos y organismos científicos, es simplemente repugnante y…

—Bueno, dejemos eso ahora, querido —le cortó Valerie, decidida—. Lo importante es el papiro, no los comadreos de Ronald. Ammet, ¿sigue creyendo que el papiro es auténtico?

—Su lenguaje lo parece. Sus características, también —rozó el documento precioso con la yema de sus dedos—. Vea: es un escrito de finales del Imperio Nuevo, quizá de la Veinte Dinastía. Podríamos decir que este papiro fue escrito entre los años mil doscientos a mil ochenta, antes de Cristo. Cuando las tumbas eran saqueadas en Tebas abundantemente.

—Y la de Ekhotep IV resultó también saqueada… —comentó Terence Grant, frotándose

su cuadrado, enérgico mentón de hombre combativo y rudo.

—Parece ser que sólo en parte —se estremeció Ammet—. La cosa no tiene sentido, porque los ladrones llegaron hasta la misma cámara del tesoro real, y luego la debieron abandonar, o perecieron en ella.

—Hay muchos cadáveres en la antecámara —señaló Lord Edward—. Todos decapitados. Sus cabezas yacen más lejos. Son cuerpos que no se momificaron, sino que murieron posteriormente, sin proceso de embalsamamiento. Eso coincide con el texto del papiro, ¿no?

—Alguien que visitó la tumba podía ser un gran imaginativo —sonrió Ammet—. E inventó la historia diabólica de
Ekhotep IV
y Hatharit, la Sacerdotisa del Mal.

—Algo hay evidente —replicó Yvonne—. Por el hueco abierto en el muro, que mañana ampliaremos para llegar hasta el féretro real, no sólo se ven sus tesoros, el sarcófago y demás elementos propios de una tumba faraónica de categoría…, sino el cuerpo momificado de alguien más, al pie del sarcófago.

—Ese «alguien»… podría ser Hatharit —dijo Ammet, sombrío, inclinando la cabeza.

—Tonterías —cortó Valerie, la esposa de Lord Edwards—. Aunque fuese Hatharit, sería sólo un esqueleto, como los presuntos arquitectos decapitados. No pudieron momificarla, si se la enterró con vida, junto al Faraón, por adulterio, sacrilegio y perversión.

—Sólo más allá de la Vida y de la Muerte, está la explicación a muchas cosas, señora —suspiró cansadamente Ammet, el egipcio, clavando sus centelleantes ojos negros en el papiro.

—Estamos divagando —atajó Terence Grant—. Lo que cuenta es el papiro. No puedo admitir que fuese escrito dos o trescientos años después de morir
Ekhotep IV
, víctima de las iras de su pueblo, sin que nadie hubiese penetrado en esa tumba, y sólo por influencia sobrenatural en la mente del escriba.

—Vayamos por partes, señor Grant —dijo Ammet, pausado. Dio unos pasos por la tienda, y su perfil se agigantó, inquietante, en la tensa lona, recortado por la luz amarilla del quinqué—. El escriba

Tefbet fue el escriba real de
Ramsés VIII
, y de él se tienen diversas noticias a través de crónicas de su tiempo. Parece ser que Tefbet era hombre altamente sensible, dado a conversar con los difuntos a través de sesiones que hoy día calificaríamos de «espiritistas». No sé si eran ciertas o formaban parte de una argucia suya para hacerse importante ante los demás, pero existen diversas teorías sobre las facultades extrasensoriales del escriba Tefbet. Y ese manuscrito, «dictado por el espíritu errante y torturado del Faraón Maldito, que no pudo hallar la paz más allá de la tumba, y cuya alma o *Ka* fue rechazada por el Tribunal de los Muertos, cuando el dios Anubis procedió a contrapesar en la balanza su verdad y su espíritu», puede ser, repito, el citado papiro, una de las pruebas más contundentes de su poder extraño para comunicarse con los muertos.

—Según eso, la historia de Ekhotep, de la sacerdotisa Hatharit y de lo sucedido en esa tumba, después de cerrada y sellada por los sacerdotes, sería… absolutamente cierto —se estremeció Yvonne.

—Sí, señorita Mimieux —aceptó sordamente el egipcio, mirándola—. Sería todo absolutamente cierto.

—Y, según ello, cuando abriésemos la piedra que sella la tumba real…, ¿qué sucedería, Ammet? —indagó Lord Edwards curiosamente.

Hubo un largo, un profundo silencio. El egipcio se encogió de hombros, eludiendo mirar al aristócrata británico cuando respondió sordamente:

—Según ello, señor…, el Faraón y la Sacerdotisa… volverían a la vida. Para vengarse de todo el mal que les hicieron entonces. Hace más de tres mil años…

* * *

—Resucitar… ¡después de tres mil años! Eso es ridículo, ¿no le parece?

—Por completo, amigo mío. Pero trate de convencer de ello a esos necios. Se han llegado a creer, a pies juntillas, la absurda historia de ese papiro. Y han detenido las excavaciones, esperando a

que llegue alguien desde Inglaterra, para proseguirlas o detenerlas definitivamente.

—Que llegue, ¿quién? Supongo que una autoridad en Egiptología…

—¿Una autoridad en Egiptología? ¡Oh, no, amigo mío! —rió sarcástico *Sir* Ronald Gilling, echando humo por su pipa de espuma —. ¡Nada de eso! La lógica, en esta estúpida expedición, brilla por su ausencia. Lord Edwards ha decidido algo mucho más brillante y espectacular que todo eso. Se ha traído a dos personas desde Londres, para que ayuden a su expedición científica, en una forma de lo más parecida a una farsa de feria.

—No le entiendo, *Sir* Ronald…

—Muy sencillo. ¿Sabe qué se trae Lord Edwards desde la propia Inglaterra, como un procedimiento científico más, para llegar hasta el sarcófago de
Ekhotep IV
, que tiene al alcance de su mano? ¡A un reverendo y a un espiritista!

—¿A un… qué? —masculló atónito David Keith, del *London News*.

—Ya lo ha oído, amigo —rió de buena gana *Sir* Ronald, que vació su pipa, con un golpe seco y nada respetuoso sobre una de las piedras cubiertas de jeroglíficos grabados, a la entrada del mausoleo subterráneo de
Ekhotep IV
, en el Valle de los Reyes, y cambiando el tabaco por su inevitable frasco de buen *whisky* escocés, del que apuró un largo trago, ofreciendo luego a su interlocutor.

—No, gracias —negó Keith, sacudiendo la cabeza y enjugándose el sudor de su frente, bajo el salacot adecuado al clima árido y desolado del desierto del Nilo—. Demasiado calor para meter alcohol en las venas, *Sir* Ronald.

—Entonces, no sabe lo que se pierde —rió el pelirrojo Gilling, con sus mejillas rubicundas tan coloradas como su corto cabello bajo el gorro de trabajo—. El alcohol es el único modo de combatir este maldito clima. Sin él, me hubiera vuelto loco hace mucho tiempo, puede creerlo.

El joven periodista londinense, desplazado a las excavaciones de

Tebas por su corresponsalía en la capital egipcia, se limitó a escucharle, sin responder o comentar acerca de la afirmación del arqueólogo. Limitóse a estudiar, ceñudo, los escalones que descendían hacia el interior de la oscura tumba. Contó hasta un total de trece escalones tallados en la piedra viva, aún con abundantes residuos de roja arena y piedras acumuladas en su acceso durante muchos siglos. Sacudió la cabeza, reflexivo.

—Trece escalones… —comentó—. ¿Se ha fijado en eso, *Sir* Ronald? Hay quien dice que es un augurio de mala suerte.

—Oh, dígaselo a Lord Edwards, y precintará esta tumba por la eternidad —se mofó el egiptólogo, prensando de nuevo tabaco de hebra en su pipa de espuma—. No he visto gente más ridícula en mi vida. Ahí abajo hay un tesoro de incalculable valor, esperándonos. No sólo en su valor material de oro y piedras preciosas, sino en su valor arqueológico, histórico y cultural. Pues bien: todo eso sigue ahí, intocable. Ha puesto dos hombres armados, con orden de disparar sobre cualquiera que se acerque a la cámara real, incluso siendo miembro de nuestra expedición. Es ridículo, lo sé. Pero él manda porque él pone el dinero. Y hay que esperar a que el barco traiga, en un fatigoso e interminable viaje desde Londres, al reverendo Paul Brewster, un anglicano especializado en temas egipcios, miembro del Real Museo Británico, y a ¡un espiritista!, un pretendido «doctor en espiritualismo científico», como se titula a sí mismo el embaucador de Owen Knox, buen amigo de la sociedad inglesa, donde cuenta con los mejores y más imbéciles de todos sus clientes.

—He oído hablar de Owen Knox —admitió—. Dicen que es, realmente, un hombre de gran sensibilidad, dotado especialmente para relacionarse con el Más Allá…

—¡Por Dios, Keith! ¿Es usted el corresponsal del *News* en Egipto, o sólo un humorista que se divierte a costa de los demás? Sabe que el tal Knox es un farsante, como todos los de su especie. Y el reverendo Brewster, con todos los respetos, es un mediocre investigador de Egiptología, sin experiencia alguna en un caso así, por mucho que Dios le ilumine.

—¿No cree usted, entonces, en esa otra vida que los egipcios cultivaron como su mayor esperanza?

—Lo que no creo es en los cuentistas que se fingen capaces de

establecer contacto con esa «otra vida», como usted dice. Por una serie de tonterías sin sentido, estamos demorando una labor científica de primer orden. Y veo que todos prestan más atención al simple papiro de un escriba embaucador, tan bribón como sus contemporáneos ladrones de tumbas, que al hallazgo científico en sí.

—El papiro… —David Keith arrugó el ceño—. Algunos me hablaron de él. ¿Es cierto que se escribió muchos años después de morir
Ekhotep IV
?

—Sí, bastante después. Tefbet era un buen escriba. Ha dejado muchos documentos de su época, todos firmados por él. Pero era un falsario. Pretendía tener relación con los espíritus y los muertos. Y escribía cosas que ellos le transmitían.

—He oído hablar de esa fama suya. No trato de discutir la veracidad de tal hecho, sino el papiro actual, concretamente. ¿Cree que lo inspiró en realidad el propio
Ekhotep IV
?

—Cielos, claro que no… —se escandalizó *Sir* Ronald—. ¡Es una gran mentira! De algún modo, Tefbet entró en conocimiento de hechos de la vida del monarca, como su adulterio a la reina, con la sacerdotisa Hatharit, que jurase castidad eterna a los dioses, no cumpliendo su juramento y entregándose a las prácticas más pervertidas, seduciendo a jóvenes sacerdotes en trance de doctorado, engañando a todo el mundo, y lanzando al propio Faraón, débil y, dado a los placeres sensuales, a una carrera desenfrenada de orgías, vicios, depravaciones, crímenes y delitos contra el pueblo y contra su propia familia, que dieron lugar a la revuelta sangrienta en que fue inmolado por los descontentos. Se dice que la rebelión la fomentaron los sacerdotes de Horus y de Isis, cosa que no me sorprendería en absoluto, así como tampoco la influencia más o menos directa de otras ramas religiosas del Antiguo Egipto, todas muy bien avenidas entre sí, especialmente si peligraba su hegemonía. Pero de eso, amigo Keith, a suponer que el astuto escriba Tefbet pudo recibir la pretendida información de ultratumba… media un abismo. Lo que pudiera suceder dentro de la

tumba, una vez cerrada y sellada por los sacerdotes de la comitiva fúnebre y por los funcionarios del Valle de los Reyes, es algo que sólo ellos y Dios pueden saber.

—Pero dicen que hay en la antecámara cuerpos decapitados. Y el cadáver momificado de alguien más, junto al sarcófago de
Ekhotep IV
…

—Bah, eso no cuenta. Es ridículo, amigo mío. Pudieron decapitar a esos arquitectos incluso antes de sellar la tumba y retirarse. La segunda momia, no introducida en un sarcófago es un misterio aún, conforme. Pero no hay por qué imaginarse a una Hatharit capaz de dotar de vida a una simple momia, que no es sino un cuerpo muerto, embalsamado, vaciado de vísceras, o de sobrevivir ella misma a su muerte dentro de la tumba. Si su cadáver es esa momia junto al sarcófago, que solamente se puede entrever por el estrecho boquete abierto en la losa de entrada… tendríamos que suponer que el aire de la tumba, seco y sin grado alguno de humedad, sin renovación y sin posibilidad de putrefacción del cuerpo humano, secó y momificó por vía natural ese cadáver. Fácil y científica explicación, ¿no?

—Muy fácil —sonrió el joven periodista, entornando sus grises ojos astutos—. Y muy científico, *Sir* Ronald, pero… ¿entonces, por qué los decapitados arquitectos no se momificaron también?

Sir Ronald arrugó el ceño. Había escondido su pipa, pero ésta estaba apagada. Desvió los ojos hacia los trece enigmáticos escalones de acceso a la cripta egipcia, y luego elevó la cabeza, como si el farallón rocoso del Valle de los Reyes, brillando bajo el crudo sol, irritase sus pupilas, heridas por la luz violenta y cegadora.

—No hay respuesta todavía para muchas cosas —objetó, casi agresivo—. Pero de algo estoy seguro: no hacen ninguna falta un sacerdote y un espiritista, en esta expedición arqueológica, a menos que Lord Edwards quiera montar un espectáculo circense de alcance internacional. Yo lo demostraré a todos… y muy pronto.

—¿Cómo espera demostrarlo, *Sir* Ronald?

—Del único modo posible, mi querido amigo —refunfuñó el arqueólogo—. Llegando en primer lugar hasta la momia de
Ekhotep IV

… y probando que es sólo eso: una momia…

CAPÍTULO II

—Una momia… Sí, Keith. Es cierto. No tiene por qué ser algo más, ¿no cree?

David se encogió de hombros, mirando a la joven francesita de ojos color de lapislázuli egipcio y cabellos de pura miel, dorada por el sol del real valle funerario.

—No sé qué creer —suspiró al fin, tomando un sorbo de refresco de menta, preparado por la propia Yvonne Mimieux en la amplia tienda destinada a restaurante y bar de la expedición—. Unos son demasiado realistas, otros excesivamente imaginativos… No veo claro en el problema, pero es evidente que todo se centra en ese papiro misterioso. ¿Usted qué opina de él, *mademoiselle*?

—A veces, tengo el presentimiento de que es cierto —mascullló ella.

—¿Cómo? —él enarcó las cejas, perplejo—. ¿Cree realmente que el espíritu del Faraón reveló al escriba los misterios de aquella noche en su tumba regia, aislado del mundo, mientras se agotaba el aire respirable en el cerrado recinto?

—Sé que le parece raro. Soy una mujer equilibrada y serena, por eso me dedico a la arqueología. Pero ese relato es tan vívido, tan tremendamente expresivo en sus reacciones… que al ser traducido por Ammet, casi me sentía como espectadora de la oscura y sangrienta tragedia acontecida en aquella tumba, más allá de donde se limitan la vida y la muerte…

—Sin embargo, todo sigue siendo eso: pura especulación. Parece ser que todo lo que el escriba Tefbet tuvo de bueno como tal, lo tuvo como fantasioso impenitente.

—Lo sé. Acepto esa posibilidad. Pero si los hechos se confirman con los hallazgos en el interior de la tumba real, será cosa de empezar a pensar si no tuvo Tefbet razón.

—En cuyo caso, quien abriese ese recinto fúnebre… correría un

grave peligro de muerte.

—Sí. Si la historia es cierta… así sería, Keith —ella le miró, pensativa. Luego, trató de sonreír, saliendo del mostrador, con un vaso de zumo de frutas en su mano—. Dígame, ¿qué opina usted, como espectador, de todo lo que está sucediendo en estas excavaciones?

—Quisiera complacerla, y no puedo —suspiró Keith—. Todo lo veo confuso, extraño… e inquietante.

—Inquietante —admitió ella—. Sí, ésa es la pura verdad. Hay algo inquietante en todo lo que nos rodea. Egipto ya lo es de por sí. Una tumba faraónica, con el misterio ancestral de su pasado, de sus enigmas religiosos y esotéricos, también. Sabemos que entonces llegaron a poseer una fuerza desconocida sobre ciertos poderes sobrenaturales. Los sacerdotes eran capaces de cosas que hoy asustarían a cualquiera de nosotros. Creo que llegaron a dominar la vida y la muerte.

—Es posible. Nunca sabremos, quizá, lo que ellos llegaron a saber de los dominios de lo ignorado. Pero sea como fuese, tal vez estemos exagerando la importancia de los hechos. A fin de cuentas, sólo se trata de un papiro abandonado en la primera recámara, aquélla a la que llegaron los ladrones de tumbas, en el reinado de
Ramsés VIII
, sin llegar a romper los sellos y precintos de la losa principal, la que cubre la tumba propiamente dicha, y en la que ustedes abrieron ese orificio por el que han visto las maravillas… y los horrores del interior.

—Sí, sólo un papiro. Pero escrito por Tefbet, tras invocar en una especie de sesión espiritista a la usanza de aquellos tiempos, estableciendo comunicación espiritualista con el alma del Faraón Maldito, condenada por Anubis a vagar sin reposo hasta el fin del tiempo…

David Keith apuró su refresco y dejó el vaso vacío sobre una mesa de la tienda-comedor. Luego, asomóse al exterior, soleado. Trabajadores nubios y árabes se mezclaban en las tareas de desescombro y limpieza, en torno a la tumba hallada en el Valle de los Reyes, bajo el azote vertical e implacable de un sol cegador. Se enjugó el sudor con el pañuelo. Meneó la cabeza, volviendo atrás, y contemplando a la joven.

—Creo que está asustada —comentó.

—Sí —confesó ella—. Un poco, lo admito.

—¿Por el papiro?

—No —ella señaló con un movimiento de cabeza hacia el lugar donde las losas repletas de jeroglíficos grabados, mostraban el acceso a la cripta funeraria de
Ekhotep IV
—. Por eso.

—¿La momia?

—He visto otras momias en mi vida, se lo aseguro. Desde antes de que Egipto fuese una colonia británica[2], ha trabajado mi familia en estas excavaciones. Los Mimieux, de París, colaboraron siempre con árabes y británicos en la investigación científica del Antiguo Egipto. Sin embargo…, esto es diferente.

—¿Diferente? ¿Por qué? ¿Por el papiro de Tefbet?

—Quizá… Lo cierto es que ese papiro abre un mundo tremendo de posibilidades, y ninguna agradable. Imagine a un Faraón asesino y perverso… vuelto a la vida. Y a una sacerdotisa vengativa y cruel, en igual situación, con poder absoluto sobre una momia…

—Por Dios, señorita Mimieux, no puedo creer que usted sea hija de arqueólogos. Habla como una muchacha impresionable, profana en estos problemas…

Los ojos azules de la joven francesita se clavaron en él, inquietos. Se mordió el labio inferior al responder, tímidamente:

—Quisiera pensar de otro modo… y no puedo, Keith. De veras, no puedo…

—Estoy seguro de que todo eso desaparecerá… justo cuando se abra la tumba.

—Espero que sea así —ella movió la cabeza, preocupada—. Pero habrá que esperar mucho. Hasta que lleguen el reverendo Brewster y el espiritista Knox.

—Me temo que *Sir* Ronald Gilling no va a esperar tanto —sentenció David, pensativo.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió ella.

—Creo que quiere llegar antes que nadie al fondo de todo esto. Es decir: a la tumba. A la momia de
Ekhotep IV
.

—No puede hacerlo —rechazó Yvonne, segura de sí—. Está vigilada por hombres armados… que incluso dispararían sobre él, si les obligara a ello.

* * *

Los hombres armados eran dos durante el día. Tres durante la noche. La larga, silente y seca noche del Valle de los Reyes, bajo los astros que eran como frías luminarias azules en la bóveda celeste.

Los farallones cortados a pico, las cimas pedregosas, como ingentes monumentos de la naturaleza, compitiendo con los colosos de la arquitectura egipcia de milenios, eran igual que herméticas paredes en torno, cerrando el recinto dormido, acaso muerto, en el que sólo las luces doradas de las lámparas de keroseno, salpicaban el silencio azul del campamento arqueológico, junto a trece escalones y un misterio sepultado durante centurias.

Aquellos tres hombres armados, nada pudieron hacer. Tampoco hubieran podido hacerlo siendo cien. Su té aromático, a la usanza árabe, estaba lo bastante saturado de dulce narcótico como para terminar con ellos en breves minutos, sumergiéndolos en un sueño profundo del que era imposible salir, a menos que se les privase del efecto de la droga.

Oculto en las sombras azuladas y profundas de la noche, junto a la gran losa desenterrada, recubierta totalmente de los anagramas egipcios, de las figuras y los «cartuchos» de la escritura jeroglífica, *sir* Ronald Gilling asistió a su paulatina caída en el sopor, mientras allá, en la amplia tienda central, la que servía de bar y comedor de la expedición, sonaban comentarios, risas y chocar de vasos, a la claridad anaranjada de las lámparas portátiles.

Una mueca satisfecha asomó al rostro enrojecido y saludable del pelirrojo inglés. Sus ojillos, claros y astutos, revelaron malicia y complacencia. Luego, lentamente, se movió hacia los escalones descendentes. Pasó en silencio, por encima de tres cuerpos tendidos, que ni siquiera hicieron el más leve movimiento, inertes junto a las volcadas, vacías tazas de té.

Descendió, hasta que la gran losa interior le detuvo en la primera recámara, la de acceso a la cripta funeraria propiamente

dicha. El boquete abierto trabajosamente hecho en la piedra, no era más ancho que una moneda de cinco guineas. Solamente arrojando dentro una mecha encendida, con petróleo empapándola, les había permitido vislumbrar confusamente, a lo largo de varias pruebas, las dos momias de la cámara funeraria, los diez esqueletos envueltos en jirones de polvorientas estameñas, con los cráneos lejos, tras una decapitación remota.

Sir Ronald respiró hondo. Su corazón palpitaba con fuerza dentro del pecho. Iba a afrontar una empresa suprema. La primera y más importante de toda su vida de arqueólogo, de mecenas casi arruinado en busca del pasado. Ahora, el dinero de lord Edwards, de su amigo Hugh Edwards, siempre superior y lleno de suficiencia, era el que financiaba la expedición. Pero iba a demostrarle que todo aquello de espiritistas, sacerdotes y demás recursos, eran simples paparruchadas. Que aquél era un simple trabajo científico, y nada más. Y que jamás un ser fallecido miles de años atrás, había vuelto a vivir. A fin de cuentas, para un muerto, tanto daba reposar un año como cien, mil o diez mil, allá en su tumba. Nadie volvía de la muerte. Ni siquiera un orgulloso y cruel faraón egipcio, famoso tristemente por sus errores y sus crímenes.

Se paró ante el muro. Lo contempló, pensativo. Los sellos del Valle de los Reyes aparecían intactos casi. Los depredadores de tumbas reales no habían logrado alcanzar la última cámara, la de Ekhotep. Ignoraba por qué. Acaso algo llegó a asustarles, cuando habían conseguido lo más difícil, que era salvar el acceso y romper los precintos del primer bloque pétreo de cierre.

Dentro… estaba el gran enigma. La Inglaterra victoriana iba a estremecerse de emoción ante el hallazgo. Toda una época oscura y contradictoria del gran Egipto faraónico, saltaría pronto al primer plano de la actualidad, Incluso los crímenes de Jack el Destripador, allá en el ahora lejano, brumoso y siniestro Whitechapel londinense, palidecerían ante el impacto de aquella noticia. Y él, precisamente él, *sir* Ronald Gilling, sería el primer hombre que se acercase a la momia del Faraón Maldito, penetrando en una cripta que alguien pretendía estaba condenada por fuerzas diabólicas de otros tiempos, invocadas por el extraño conocimiento de los poderes tenebrosos de los egipcios de entonces.

Sólo faltaba entrar…

Tocó los sellos, la piedra tersa y de viejo policromado gastado por el tiempo. Parecía inexpugnable. Pero él sabía que no. Había estudiado ya su sistema de acción. Creía estar seguro de algo: podía abrirse desde fuera. Y silenciosamente. Lord Edwards y el joven y engreído Terence Grant, no tenían noción siquiera sobre ciertos secretos de los engranajes egipcios, que hacían mover pesados bloques apenas sin esfuerzo físico.

Bastaría romper el sello real de la piedra, y tal vez…

Descolgó de su hombro la bolsa de herramientas. Comenzó a trabajar en la piedra, en sus junturas de polvo milenario. Durante varios minutos, en el desértico valle de los muertos solamente sonó el golpeteo suave, amortiguado, de sus instrumentos especializados. Y las risas y charlas de los demás arqueólogos, allá en la tienda iluminada.

Se enjugó el sudor tres o cuatro veces. Miró a los guardianes armados de revólver y de rifle, profundamente dormidos, arrebujados en sus ropas indígenas, blancas y marrones.

El trabajo minucioso, preciso, continuó por un tiempo relativamente largo.

Luego, tras secar de nuevo su empapado rostro, contempló la obra hecha. Descargó varios secos martillazos en los sellos reales, que se quebraron sordamente, cayendo en pedazos.

Sir Ronald, tras tomar alimento, empujó de un modo lateral la piedra. Chirrió ésta, en la silente oscuridad fría y seca de la noche en el desierto. Pero no cedió. Por un momento temió haberse equivocado en sus cálculos sobre la arquitectura y los procedimientos egipcios de engranajes…

Decidido a salir de dudas, tomó fuerzas, y las puso todas en el segundo intento. El crujido fue mayor… y la piedra crujió, moviéndose. Cedió un poco.

Le palpitó violentamente el corazón. Se hincharon las venas en sus sienes. Supo que estaba al filo mismo del gran misterio. Y cargó otra vez contra la gran losa.

Ésta dio vuelta sobre sí misma, con un largo gemido chirriante.

La tumba faraónica estaba abierta.

Sir Ronald Gilling echó un paso atrás, acometido de repentino e intenso respeto a lo que le aguardaba en el interior. Una fétida vaharada de aire viciado, de polvo de siglos, de miasmas hediondos

y extraños, flotó ante su nariz, obligándole a tomar con rapidez la mascarilla empapada en desinfectante perfumado que llevara consigo en el saco de instrumentos, aplicándola sobre el rostro. Luego, empuñó una lámpara de petróleo portátil. Prendió su mecha, con mano estremecida, que vacilaba ostensiblemente. La llama hizo brillar húmedamente su rostro bañado en sudor.

Miró al interior en sombras profundas, espesas, impenetrables, donde la Muerte era única reina y señora por siglos y siglos.

—Ahí voy,
Ekhotep IV
—dijo roncamente—. Soy el primer hombre que pisa tu sepulcro, desde el remoto día en que tú y esa sacerdotisa fuisteis sepultados. Tú, momificado ya. Y ella, llena de vida, de belleza y desesperación.

Luego, decidido, se adentró en la negrura de la tumba faraónica. Alrededor suyo, el hedor a encierro era casi insoportable. Aun así, avanzó, avanzó…

La llama reveló fantásticos perfiles blancuzcos de esqueletos y calaveras, dispersos entre jirones de estameñas que casi eran simple polvo pardusco… Una decena de cráneos pelados y terribles. Diez rostros de muerte, huesudos y de vacías cuencas oscuras, en cuyo fondo parecía bailotear la luz de la lámpara, en un reflejo imposible… Diez cuerpos de huesos pelados, veinte manos crispadas, veinte brazos hechos de osamentas polvorientas, recuerdo de una matanza alucinante, que parecía confirmar el texto delirante del escriba Tefbet.

—No, seguro que no… —jadeó *sir* Ronald, entre dientes—. Esto tendrá una explicación natural, no ese grotesco sueño de un farsante.

Llegó al umbral de viejas sedas una vez brillantes y lujosas, ahora simples jirones de polvo y vejez… Los ojos de *sir* Ronald se clavaron en la hoja de metal oxidado, cubierta de algo también oxidado y oscuro. ¿Acaso sangre? ¿Sangre de diez arquitectos del Imperio Nuevo del Egipto faraónico? Acaso…

Estremecido, sacudió la cabeza pelirroja, rechazando la idea. La cimitarra curva, propia de un faraón, quedó entre el polvo, entre frutos aparentemente intactos, pero secos y ya hechos simple polvo al más leve contacto de la vida exterior.

Alzó la lámpara. Su corazón palpitó con más fuerza. Los ojos

azules se dilataron, clavados en el sarcófago.

—Está…, está abierto… —susurró, trémulo.

Era otro punto de contacto con la historia espeluznante del escriba Tefbet. El féretro real abierto…, la forma momificada tendida en el suelo, con las dos tapas a los lados con la áurea mascarilla regia caída a la cabecera del recinto del cuerpo inerte.

Sir Ronald tragó saliva. Emocionado, avanzó hacia el féretro. Su mirada, de soslayo, se fijó en el cuerpo momificado, envuelto en polvo… Jirones de seda, pulseras de oro, adornos con piedras preciosas, tocaban las manos esqueléticas, rugosas y ennegrecidas, de la mujer que yacía en tierra, con un polvillo de tules putrefactos, entre mechones de cabello que algún día tuvieron un negro azabache, y ahora eran una mezcla grisácea, rodeando un rostro espantoso, una máscara de horror, mostrando su dentadura entre arrugas grises, bajo las vacías cuencas de unos ojos hundidos…

—Si algún día fuiste hermosa, ahora revelas la verdad tremenda de la muerte, la fealdad de las cosas auténticas, bajo el oropel mismo de la vida… —jadeó roncamente *sir* Ronald.

Y desvió la mirada de aquel cuerpo espantoso, donde las costillas se recortaban, marcándose sobre una piel cenicienta y rugosa. Olvidó a Hatharit, para ocuparse sólo de él. De la auténtica momia.

Del Faraón Maldito. De
Ekhotep IV
.

—Dios mío… —susurró el arqueólogo—. Es él…

Vendajes, betún o brea, la llamada *mum* por los árabes… Como un negruzco, espeso y balsámico ungüento sobre un cuerpo rígido, el de un hombre momificado, con los reales atributos de su condición de hijo de los dioses, y Señor de Egipto, miles de años atrás.

La Momia.

Se quedó como embebido, contemplándole. Dejó la lámpara de petróleo sobre un soporte policromado, donde aparecían figurillas funerarias, cestos de frutas ya polvorientas, objetos simbolizando vida y muerte, desde la Cruz Ansata hasta la máscara negra de Anubis…

A su claridad dorada, acercó sus manos temblorosas a los

vendajes grisáceos, viejos y deshilachados, de la momia real…

Tras él, yaciendo sobre el soporte de piedra de alabastro y mármol del gran sarcófago egipcio, se quedó el cuerpo extraño, grisáceo, momificado, de una mujer que fuera hermosa en el pasado. Y que ahora solamente era un espanto, un espeluznante cadáver gris, rugoso, descarnado, más horripilante que cualquier momia real egipcia.

Ése fue quizá uno de los errores de *sir* Ronald Gilling. Acaso, de todos modos, hubiera sucedido todo igual. Porque las fuerzas desencadenadas por la entrada de Gilling en la cripta regia, eran quizá ya incontenibles para un simple mortal.

Mientras se inclinaba sobre la forma vendada inerte, algo sucedió a espaldas suyas. Algo que, de haberlo podido ver Gilling, hubiera helado la sangre en sus venas…

Porque, súbitamente, la momia femenina sufrió una repentina y lenta transformación. Las arrugas de la piel grisácea se tensaron, desdoblándose pausadamente en el rostro momificado. Las manos se estiraron, y los dedos descarnados parecieron llenarse, tomar forma suave, rosada… Brazos huesudos, pura piel y esqueleto, se tornearon bajo una invisible mano de sobrenatural escultor, hasta hacerse lúbricos, igual que pantorrillas y muslos, antes simple pavesa humana, encogida y rugosa…

Pero de toda aquella transformación inaudita y fantástica, que iba dibujando y regenerando los tejidos gastados por el tiempo y la podredumbre, acaso la más notable, la más insólita y estremecedora, era la del rostro y el cabello de la momia femenina.

Cabellos grisáceos y polvorientos, cobraban vida, brillo y color negro azabache… Ojos vacíos, cuencas oscuras entre arrugas sin pestañas ni cejas, se tomaban brillo negro, como fragmentos de ónix centelleante, entre sedosas pestañas y arqueadas cejas bellísimas.

Y un simple cadáver, un cuerpo muerto durante milenios, se transformó en la hermosa Hatharit, la perversa sacerdotisa del Espíritu del Mal.

En sus ojos llameó nuevamente una luz perdida en la noche infinita de los tiempos. Algo vital, ardiente y demoledor, saltó a las pupilas negras y malignas. Su mente dio una orden a alguien. Una orden que había esperado casi tres mil años.

—¡Destruye! ¡Destruye, Ekhotep! ¡Mata! ¡Acaba con los

humanos que causaron tu infortunio y el mío! ¡Es una orden! ¡La orden de Hatharit, hija y sacerdotisa de Apophi, Espíritu del Mal…!

Súbitamente, entre los vendajes manchados de brea aromática, algo cobró vida, algo se movió y palpitó al influjo maléfico de la hembra rabiosa, vuelta desde las sombras de la Muerte.

Y hacia el cuello de *sir* Ronald Gilling, se movieron, sigilosas, inadvertidas, dos manos crispadas, de las que pendían pingajos e hilachas de vendajes remotos…

Un alarido repentino, largo y aterrador, brotó de la tumba oscura y polvorienta.

Un grito de muerte, escapado de una desgarrada garganta humana, corrió en la noche silenciosa del Valle de los Reyes, bajo las estrellas inmutables que, acaso, milenios antes, asistieran al principio de aquella tragedia.

CAPÍTULO III

David Keith pegó un respingo en su asiento plegable. De su mano escapó el vaso de café, derramándose sobre sus pantalones.

—¿Qué significa…? —comenzó, aturdido.

Todos se miraron, sorprendidos, entre sí. A la luz amarilla de la lámpara de petróleo, dotada de triple mecha, los rostros fueron de súbito manchones despavoridos, de piel lívida. Los ojos se desorbitaron.

—Acaso fue un animal del desierto… —aventuró roncamente lord Edwards.

—No —negó Keith—. No fue un animal. Fue un hombre.

—Opino igual —asintió Terence Grant. Se incorporó. Su joven y fornida figura de hombre atlético, se movió hacia la puerta de lona de la amplia tienda—. ¿Vamos a ver qué sucede, Keith?

—Sí, vamos, —afirmó David, comprobando que llevaba al cinto su revólver de calibre 32, imprescindible para cierta clase de viajes por África, teniendo en cuenta lo levantisco de las tribus árabes y de los pueblos todavía no resignados al sometimiento, al poderío británico de Su Graciosa Majestad, la Reina Victoria.

—Esperen —cortó lord Edwards—. Les acompaño.

Y se encaminó a por un rifle apoyado en el mostrador del bar. Ammet, el egipcio, rechazó vivamente:

—No, señor. No deben ir todos y dejar sin protección a las damas. Yo iré con los señores. Usted, guarde a *lady* Edwards y a *mademoiselle* Mimieux. Es lo más prudente.

—Ammet tiene razón —apoyó Keith—. Debemos obrar con cautela. Aún no sabemos lo que provocó ese grito.

—Hay nativos de guardia en la tumba. Y otros duermen en el campamento de árabes, no lejos del acceso a la cripta —señaló roncamente lord Edwards—. No puede suceder nada. Acaso uno de esos malditos árabes se embriagó, y se puso a chillar.

—Los «malditos» árabes no se embriagan cuando están cerca de los difuntos egipcios, señor —le repuso con fría humildad Ammet—. No creo que fuera ninguno de ellos quien gritó.

—¡Ya está! —Terence se pegó un palmetazo en su amplia frente —. ¡*Sir* Ronald Gilling! No está en su tienda, seguro… Ese condenado escocés debe andar ebrio por ahí, y acaso pisó un alacrán o una víbora.

—Dios quiera que sea solamente eso —dijo entre dientes Keith, saliendo de la tienda, a la noche azul de Egipto.

—¿Qué quiso decir? —le puso Terence una mano en el brazo—. ¿Teme algo especial?

—Temo que *sir* Ronald haya hecho algo absurdo. Y posiblemente se encontró con una sorpresa que no esperaba. ¿Vamos hacia la tumba, Grant?

—¿La tumba de Ekhotep? —arqueó las cejas, con aire de disgusto, el joven Terence—. Bueno, ¿por qué hacia allá?

—No sé. Es una corazonada. Tal vez debimos montar guardia nosotros y no los nativos.

—Ellos son de fiar. Leales y honestos, señor —replicó con cierta acritud Ammet, brillantes sus oscuros ojos en el rostro cetrino y enjuto.

—No dudo de ellos, sino de *sir* Ronald —replicó Keith, con cierto asomo de dura sonrisa—. Mire aquello, Ammet.

El árabe dirigió la mirada hacia donde señalaba el reportero londinense. E igual hizo Terence Grant. Todos ellos pudieron ver una misma cosa: hasta un grupo de seis u ocho hombres de amplias ropas oscuras, moviéndose febrilmente entre tiendas de campaña árabes, no lejos de la tumba de Ekhotep. Pero ninguno se acercaba a ella, aunque todos parecían mirar e incluso señalar hacia la excavación funeraria.

—¡Vamos! —ordenó Grant, echando a correr—. Algo sucede, es cierto…

Corrieron todos. Empuñaban sus armas, por si eran atacados por el grupo hostil de bandidos del desierto, a veces más numerosos y audaces de lo que era de desear. Atrás, en la tienda de lona iluminada, quedaba lord Edwards, a la puerta de la misma, rifle en mano, con las dos mujeres dentro. Mentalmente, David se preguntó si, realmente, estarían las dos lo bastante protegidas con él, caso de

suceder algo imprevisible.

Llegaron hasta los servidores árabes de la expedición. Se expresaban en su lenguaje, presurosamente, y tanto Grant como Keith, poco dominadores del árabe, se miraron entre sí, perplejos. Buscaron la ayuda de Ammet. Éste se hallaba ya conversando con uno de los nativos que, febrilmente, le señaló repetidas veces hacia la excavación.

—¿Qué les ocurre? —quiso saber Grant—. ¿Saben algo sobre ese grito?

—Nada —explicó Ammet, ceñudo—. Pero afirman que lo oyeron muy cerca, procedente de la tumba. Y que ninguno de sus compañeros ha dado señales de vida en la entrada de la excavación. Eso es raro, estando todos en pie, y con este revuelo. ¿Vamos allá, señores?

—Cielos, Ammet, ¿y lo preguntas? —David echó a correr ahora en primer lugar, seguido sin tardanza por sus dos compañeros.

La llegada a los escalones de descenso, les reveló la primera novedad desastrosa. Los tres árabes yacían en la escalera, inermes. A su lado, tazas volcadas, revelaban hojas de té en su fondo, mezcladas con hierbas aromáticas. Grant se inclinó, oliendo una de las tazas. La alzó, alarmado.

—Narcótico… —jadeó—. Drogaron el té. Están dormidos.

—No —negó David Keith sombríamente—. No están dormidos, Grant. Están muertos.

—¿Qué? —aulló Terence, palideciendo intensamente.

Contempló los cuerpos inmóviles de los tres guardianes armados. Luego, miró a Ammet que, sombrío, sacudía afirmativamente la cabeza, e hizo un extraño signo cabalístico, buscando La Meca con su mirada, en la noche estrellada del Valle de los Reyes.

Terence Grant se puso de rodillas. La mano, armada del revólver, le temblaba. Examinó a los árabes de guardia. Un temblor convulso agitó su cabeza. Al levantarse, su faz tenía el color de la ceniza.

—Es verdad —musitó—. Muertos… Tienen las gargantas destrozadas, reventadas por alguna presión horripilante…

Y contempló, trémulo, los regueros de oscura sangre, escalones abajo, hacia la puerta oscura de acceso a la cripta real.

David Keith, encajando las mandíbulas con determinación, clavó sus ojos en el fondo de aquella escalera siniestra. El enigma, el gran enigma sangriento, parecía flotar en el ambiente, como algo que formase parte del propio valle y sus tumbas incontables. Algo monstruoso e invisible, capaz de caer sobre todos súbitamente, aniquilando sus vidas.

—Creo que debemos bajar —señaló.

—¿Cómo? —Grant cambió con él una mirada vidriosa—. ¿De qué serviría? El asesino o asesinos de estos hombres no estarán ahí abajo. Recuerde, Keith, que una gran losa inamovible, cierra el acceso único a la tumba.

—Lo sé. Me gustará ver esa piedra otra vez, Grant, por si es cierto lo que temo.

Y sin aclarar más, decididamente, avanzó escaleras abajo. Hacía el misterio oculto en las entrañas de la tierra egipcia. Hacia una losa hermética, agujereada por los expedicionarios, a la espera de su apertura… o hacia algo peor. Algo que David temía y presentía a la vez…

Grant le siguió. También Ammet, tras dominar un repentino pavor supersticioso que parecía invadirle.

Cuando alcanzaron el último escalón, se enfrentaron al hueco que constituía la vieja recámara primera del sepulcro. Allá, al fondo, estaría sin duda la gran losa granítica, con sus jeroglíficos.

Pero…

—¡Miren! —aulló Terence Grant, despavorido—. ¡No hay nada! ¡La tumba… está abierta!

David Keith sacudió la cabeza afirmativamente. Su boca se crispó en un rictus angustiado.

—Lo sospechaba… —musitó—. Como sospecho lo que vamos a encontrar dentro.

Ammet, ceniciento el rostro, retrocedió. Grant, decidido, prendió un fósforo. Y se internó en el sepulcro faraónico. Decidido, Keith no se quedó atrás. Con su revólver amartillado en una mano, prendió otro fósforo con su zurda, y se movió tras de Grant. Los dos jóvenes pisaron el polvo de siglos del fétido lugar en sombras.

Pasaron rápidos junto a los diez esqueletos decapitados, junto a las diez calaveras siniestramente amontonadas algo más allá, sobre una seca, remota mancha de algo que sin duda fue sangre. Se

encararon a la cámara fúnebre. Repleta de tesoros, pinturas, joyas, objetos funerarios, ropajes hechos simple polvo…

Pero sin nadie dentro del abierto féretro. Sin momia femenina al pie del sarcófago regio. Sin rastro alguno de
Ekhotep IV
o de la sacerdotisa Hatharit…

—La maldición… —susurró con un escalofrío Terence Grant—. ¿Será posible, Dios mío…?

La luz de su fósforo se apagó. También la de David Keith. Ambos hombres quedaron sumidos en una oscuridad viscosa y terrible. A sus espaldas, pero fuera, en el umbral del tétrico lugar, aguardaba Ammet, en silencio, perdido en las sombras.

Fueron unos segundos de oscuridad. Pero parecieron siglos, hasta que una llama prendió primero, entre los dedos de Keith. Y luego otra, en la mano de Grant. Ambos hombres se miraron, con un hondo suspiro de alivio.

La claridad bailoteante y débil de aquellos fósforos, revelaron la presencia de un único cuerpo en la cripta real. Un cuerpo encogido, horrible, de ojos desorbitados, de faz redonda, que fuera antes jovial y colorada, bajo los cabellos rojizos.

—¡*Sir* Ronald! —susurró Keith.

—Dios mío, Gilling… —corroboró Grant, estremecido—. Muerto… como los árabes allá afuera…

Era cierto. Su garganta ofrecía un enorme boquete, un desgarrón sanguinolento, allí donde algo, una zarpa poderosa y devastadora había roto piel, tejidos y huesos, bajo la barbilla del desdichado *sir* Ronald.

Estaban contemplando aún el cadáver ensangrentado, a la luz insegura y trémula de sus fósforos, cuando sonó allá fuera, lejos de ellos, el largo, estremecido, angustioso alarido de mujer…

Los cabellos de David se erizaron cuando dio media vuelta, olvidándolo todo y gritando, al tiempo que echaba a correr:

—¡Oh, no! ¡Yvonne, Yvonne…!

* * *

Mientras corría, David Keith oyó borrosamente tras él la voz de

su compañero, Terence Grant, pronunciando angustiadamente otro nombre de mujer:

—Valerie… Valerie, no… No pueden hacerte nada. No a ti…

Pensó que llamar «Valerie» a la esposa de lord Edwards, parecía un término demasiado familiar para un simple arqueólogo joven, contratado por el noble inglés, pero estaba lejos de sentir ánimo alguno para interesarse por cuestiones ajenas en ese momento crucial. Los ecos desgarradores del grito de pavor de una mujer, allá en la tienda-comedor, estaban aún rebotando dentro de su cráneo, como una obsesión.

Ello, unido a la visión dantesca de los cuatro cadáveres de garganta desgarrada, y a la ausencia de las dos momias en la tumba egipcia, daban a aquella situación tintes de verdadera pesadilla.

Los nativos, encogidos y medrosos, allá en su campamento, se limitaron a verles pasar, entonando cánticos religiosos para ahuyentar quizá a los malos espíritus. Ammet, recuperado al parecer de su trance pasado, corría ya a poca distancia, tras ellos, dispuesto en apariencia a ser útil en algo.

Allá enfrente, en la noche, la mancha amarilla de la luz en la tienda de lona amplia, centro del campamento arqueológico, era en esos momentos un simple fanal enigmático en la noche. Igual podía ocultar la mayor normalidad, que el peor de los horrores imaginables…

David Keith sabía que su arma era ridícula, si los hechos estaban sucediendo conforme a sus más íntimos temores. Pero aun así, su diestra apretaba la fría culata de acero de su revólver amartillado, a la espera de que unas simples balas pudieran servir de medio de defensa contra un horror llegado de otros tiempos y, quizá, de más allá de la propia muerte.

Dentro de la tienda no se oía una sola voz. Y ese silencio era más espantoso que el mayor de los escándalos imaginables. Porque podía ser el silencio que significaba el fin trágico de otras tres vidas, en una auténtica orgía de sangre.

Cuando alzó brutalmente la lona, penetrando dentro de la sala, revólver en mano, sus temores iniciales se confirmaron.

Las dos mujeres yacían en tierra, boca abajo. Inmóviles sobre un oscuro charco estremecedor.

De lord Edwards, ni señal.

—Dios mío… —susurró David, despavorido—. ¡No es posible…! ¡Yvonne, Yvonne…!

Se precipitó sobre ella, dándole vuelta en sus brazos, esperando enfrentarse al terrorífico espectáculo de una joven garganta femenina, reventada de un brutal zarpazo inhumano, en un baño sanguinolento.

Terence Grant, sin mucho disimulo, cayó de bruces sobre el cuerpo inerte de *Lady* Valerie Edwards… y la cubrió de besos y abrazos, estrujándola patéticamente contra sí.

Afuera, retumbó el doble estampido de dos disparos de arma de fuego, no lejos de la tienda.

* * *

La primera gran sorpresa para David Keith, fue contemplar la garganta pálida de Yvonne. La joven francesita no ofrecía en ella la más leve señal de violencia. No estaba muerta. Ni siquiera herida o golpeada. Simplemente desvanecida, al igual que *lady* Edwards, cuyo cuello tampoco, afortunadamente, mostró la terrible marca de la muerte misteriosa surgida de la cripta faraónica. La oscura mancha en tierra, era simple café derramado.

La segunda sorpresa, fueron aquellos disparos en la noche. Y bastante cercanos. Con un evidente alivio, se miraron ambos hombres. Grant intentó incorporarse. Keith le detuvo.

—No, usted no —le rogó—. Quédese con ellas dos. No las abandone por nada del mundo. Si algo sucede, dispare una sola vez. O las que sean, pero dispare. Yo voy a ver qué ocurre fuera.

El joven reportero del *London News*, se precipitó de nuevo al exterior, pero por la puerta trasera de la tienda, otra lona menos amplia que la principal, y sujeta fuertemente a tierra. Le costó arrancarla violentamente, haciendo tambalear toda la estructura de tela, y con una de las lámparas de petróleo en su zurda, y el revólver amartillado en la derecha corrió hacia donde creyera haber oído los disparos.

Su voz resonó potente en la noche, sin miedo a nada ni a nadie, vivo o muerto:

—¡Lord Edwards! ¡Lord Edwards! —voceó frenético—. ¿Dónde

está usted? ¡Responda, por el amor de Dios…! ¡Lord Edwards…!

Un lejano gemido le llegó, a través de la noche estrellada. Creyó oír débilmente:

—Aquí…, aquí, Keith…

Se orientó del mejor modo posible en el árido valle funerario, buscando entre huecos, hondonadas, peñascos, inscripciones jeroglíficas y monolitos de piedra de gastado relieve obra de milenarios artistas fúnebres.

Al fin, dio con lord Edwards. Y, por fortuna, tampoco parecía haber sufrido en su cuello el horror sangriento, aunque su aspecto era desolador, tendido en aquella zanja, quejándose, revólver en mano, con un rostro tan lívido que cualquiera hubiese jurado que era una simple mancha blancuzca, en el fondo de la grieta, producto de alguna excavación arqueológica.

—Sáqueme de aquí, por favor, amigo Keith… —oyó jadear la voz del aristócrata mecenas—. Creo…, creo que se me rompió la pierna… O, cuando menos, tengo fracturado el tobillo, maldita sea… Caí aquí cuando les vi…

—No se mueva. No intente nada —le avisó David—. Bajo por usted, lord Edwards.

Saltó dentro de la zanja, pero no sin antes comprobar que alrededor no se veía a ser alguno, viviente o no. Había aprendido a ser tremendamente desconfiado en aquellos últimos y terribles minutos.

Se inclinó, examinando la pierna inmóvil de lord Edwards. La trató de mover levemente. Cuando tocó su tobillo, el aristócrata gimió lastimosamente. Sacudió la cabeza.

—Es una fractura —convino—. No haga movimiento alguno. Avisaré a los demás…

—¡No, no me deje, por Dios! —casi sollozó el noble británico, aterrándole un brazo.

Giró hacia él su rostro David, casi encarándose con el de lord Edwards, a menos de un par de pulgadas. Jamás había visto unos ojos tan desorbitados ni una piel tan lívida. Además, por la presión de la mano del aristócrata, observó que estaba tiritando, a pesar de que el seco frío de la noche no parecía fácilmente accesible al bien abrigado arqueólogo.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber David, con voz tensa.

—Dios mío, no tiene usted idea… No puede saber… —se le quebró la voz, y cambió en el acto de tema—: Las… las mujeres… ¿Sabe si están bien? Mi esposa… y la señorita Mimieux…

—No tema. Están bien. Grant cuida de ellas ahora. Siga, lord Edwards —alzó el brazo, y disparó dos veces al aire, con estruendo, como aviso para requerir ayuda. Luego, se volvió al noble, reponiendo los proyectiles en el cargador del arma—. Por favor, ¿qué sucedió en nuestra ausencia? No debió dejar a las mujeres solas, bajo pretexto alguno.

—Creo…, creo que no había otra solución posible… Apenas vi… aquello… eché a correr, esperando llamar su atención, alejarles de la tienda iluminada…

—*¿Aquello?* —indagó David, dominando un estremecimiento. Creía saber la respuesta, pero insistió—: ¿Qué era… *aquello*, lord Edwards?

—Lo más espantoso que vi jamás, muchacho —casi lloriqueó el noble, sin arrogancia ninguna en aquel penoso trance—. ¡Un…, un horror viviente, creo yo! La mujer era hermosa, pero…, pero había en ella algo maléfico, algo indefinible… No parecía de este mundo. Andaba de un modo pausado, miraba satánicamente… y vestía ropas y joyas egipcias, propias de hace milenios… En cuanto a…, a la «cosa» que iba con ella…, aunque andaba por sí sola… no dejaba de ser… una cosa. ¡Un horripilante ser, digno de la peor pesadilla, Keith! No, usted no va a creerme… Nadie va a hacerlo… Pero…, pero Yvonne lo vio igual que yo… Y Valerie también… Se desvanecieron, creo. Yo corrí, corrí… ¡Me…, me perseguían, Keith! Y sentí un frío del infierno, como si la muerte misma me rozase en mi carrera… No me cree, ¿verdad?

—Sí, lord Edwards —dijo roncamente David—. Le creo. La…, la «cosa»… era… una momia, ¿no es cierto?

—Dios mío, sí… —le contempló con ojos que casi colgaban de sus órbitas—. ¿Lo…, lo entiende? ¿Usted…, usted también?

—No —negó el joven periodista londinense. Sacudió la cabeza de un lado a otro—. No la he visto. Ni a la momia faraónica…, ni tampoco a la hermosa Hatharit, la Sacerdotisa del Mal. Pero sé que han salido de esa tumba, ¿comprende? Nos van a tomar a todos por locos, por chiflados, pero sé que usted dice la verdad… He visto el sarcófago vacío, he visto la ausencia del cuerpo momificado de la

sacerdotisa… y he visto también el cadáver de *sir* Ronald Gilling, de los tres vigilantes árabes de la puerta a la tumba… Abrieron la cripta, lord Edwards. Sin duda, Gilling lo hizo… y halló la muerte, en vez de la gloria…

—Cielos… —anonadado, el aristócrata inclinó su canosa cabeza —. ¿Qué horror increíble hemos desatado?

—No lo sé, lord Edward —escudriñó la noche, a ras del nivel de la zanja, y vio venir a la carrera, rifle en mano, a Ammet, el servidor egipcio, traductor de papiros. Le avisó con un grito y un ademán de su brazo. El árabe apresuró su carrera hacia ellos. David Keith se volvió hacia su compañero de pericia, y añadió—: Lo único que sé, es que el horror anda suelto… y no sabemos siquiera dónde. ¿Usted recuerda en qué lugar pudo verles por última vez?

—Allá…, allá, Keith… —el noble británico señaló, enfático, hacia el este del Valle de los Reyes, con un dedo trémulo—. Venían hacia mí… y disparé. Luego quise escapar, tropecé y me fui al fondo de la maldita zanja… No sé más. Esperaba ver aparecer a esos monstruos… cuando usted llegó.

—No maldiga demasiado esta zanja, pese a su fractura de hueso —rió entre dientes David Keith—. Creo que eso salvó su garganta… y su vida. Las dos momias vivientes… siguieron otro camino, dejándole a usted a un lado. Sin duda, buscan más, algo más que su vida o la de esas dos mujeres, o la mía y la de Grant o Ammet No sé qué puedan buscar, pero creo que no puede ser nada bueno…

Ammet saltó a la zanja, dándose cuenta de lo que sucedía. Miró, trémulo, a Keith. El joven reportero continuó, tajante:

—Haremos unas angarillas para conducir a lord Edwards a la tienda y entablillarle el tobillo adecuadamente, hasta que un médico pueda atenderle. Es todo lo que puede hacerse. Ammet, avise a Grant de lo sucedido y atienda a la señorita Mimieux y a *lady* Edwards.

—Sí, señor —asintió el árabe, dominando como pudo sus temores internos. Luego, aprensivo, fijó sus ojos oscuros en Keith. Y preguntó, angustiado—: ¿Cree…, cree que no hay peligro ya, señor?

—No lo puedo asegurar, Ammet. Sé tanto como usted sobre los seres de ultratumba. Es más, hasta esta noche no creía una sola palabra de todo eso. Procure, sin embargo, ocultar la verdad a los demás nativos. Dígales lo que quiera sobre ladrones o salteadores,

pero niegue todo lo relativo a la tumba y a lo que sabe que ha sucedido, o nos abandonarán antes de que salga el sol.

Ammet asintió, saltando fuera de la zanja, y corriendo a cumplir los encargos de Keith. Éste se volvió, mirando preocupado a lord Edwards. Éste no le quitaba ojo.

—En resumen… Creo que algo espantoso ha comenzado —dijo roncamente el periodista—. Y ni siquiera sabemos cómo ni cuándo va a terminar. Sobre todo, si el papiro de Tefbet, como sospecho, tiene razón…

Un escalofrío sacudió al aristócrata, que se encogió sobre sí mismo, a punto de estallar en aguda crisis nerviosa.

—David, ¿cómo puede suceder algo así? —No tiene explicación razonable, no hay base científica ni humana para…

David Keith le miró con fijeza, grave la expresión.

—Lord Edwards, ¿cree usted de verdad que todo, absolutamente todo, en este mundo, tiene explicación razonable, científica o humana? —y más que una pregunta, era una sentencia.

Su interlocutor inclinó la cabeza, aturdido, demolido virtualmente por los sucesos de la espantosa noche egipcia, en el Valle de los Reyes.

Keith, ceñudo, se sentó en las piedras, empezando a preparar, con su propia ropa y una bufanda de lord Edwards, el primer vendaje fuerte, de emergencia para el fracturado tobillo del noble.

Su voz ahogada sonó, con un interrogante tenso y dramático, en el silencio inmutable del cementerio de siglos, donde los grandes reyes pretendieron, en vano, su sueño de eternidades:

—Aún me pregunto… ¿por qué no quisieron hacer nada a ninguno de nosotros…, ni la diabólica Hatharit…, ni la terrible momia del faraón muerto…? Y eso es lo que más me preocupa… ¿Adónde habrán ido… y por qué?

Pero las preguntas no tenían respuesta. No aún. Los oráculos milenarios de Egipto no contestaron. El silencio eterno del Valle de los Reyes, era todo lo que podía sentirse en derredor, como un cerco agobiante y obsesivo.

CAPÍTULO IV

Los nativos habían vuelto al trabajo. Con reservas, con temor supersticioso, pero habían vuelto. Aceptaron la historia del ataque de unos ladrones y asesinos del desierto, que cometieron el cuádruple crimen, queriendo expoliar la tumba del faraón, y huyendo luego.

Pero en el fondo, los árabes tenían miedo, y eso nadie podía evitarlo. El relato de Ammet y de Keith tuvo bastantes ribetes de verosimilitud y ahuyentó sus más graves recelos, aunque el reportero sabía que eso era provisional y la más leve sospecha que hubiera luego sobre la tumba vacía, provocaría la estampida de los medrosos servidores.

Ellos, reunidos junto a la tienda utilizada para depositar los cadáveres de *sir* Ronald y de los tres vigilantes árabes, estaban esa misma madrugada, cercano ya el amanecer, discutiendo la cuestión más palpitante y urgente del asunto. Lord Edwards dormía, bajo los efectos de un sedante, en una cama habilitada dentro de la tienda-comedor. No querían separarse entre sí los expedicionarios, al menos mientras durase la oscuridad amenazadora de la noche, y David Keith, aunque encontraba ingenua la medida, hubo de aceptarla como los demás, puesto que eso, cuando menos, daba cierta confianza a todos, de cara al intangible peligro que parecía acecharles allá afuera, de regreso del reino de Anubis mismo.

Todos iban armados, incluso las mujeres. Como si ello pudiese influir en algo, ante una amenaza de más allá de la muerte…

—Montaremos guardia hasta el nuevo día —dijo escuetamente Terence Grant que, en ausencia de lord Edwards y del fallecido *sir* Ronald, parecía haberse erigido en máxima autoridad del grupo. Consultó su reloj de bolsillo, pensativo—. Son las tres, exactamente. Dentro de dos horas amanecerá. Yo me cuido de esa guardia. Las mujeres dormirán, vigiladas dentro de la tienda, junto con lord

Edwards, por usted, David. En cuanto a Ammet, hará turno de vigilancia en un radio más amplio, por si hubiera de avisarnos de algo anormal, y para cuidar también de que sus compatriotas no nos abandonen. Un par de disparos serán el aviso de que sucede algo. ¿Conforme en todo?

—Conformes, señor Grant —aceptó el árabe.

—Sí, está bien —bostezó David—. Yo le supliré a las cinco. Pero podría hacerlo a las cuatro, si lo prefiere. Una hora de noche para cada uno, Grant.

—No —rechazó el joven arqueólogo, que sin duda pretendía hacerse el héroe del grupo—. Yo cuidaré de eso hasta las cinco. Está decidido, Keith. Usted descanse hasta esa hora. Le llamaré cuando tenga que suplirme.

—Entonces, no se hable más —concluyó Terence Grant, rascándose su hirsuto cabello rizoso, típico de los galeses rudos y fuertes como él; posiblemente era de origen minero, como casi todos sus compatriotas. Pero a David eso le tenía sin cuidado. Eran otras cosas las que le preocupaban ahora. Y formuló una pregunta.

—¿Alguien cuidará de los cadáveres? —se interesó.

—¿De ellos? —Grant se volvió, mirándole perplejo—. ¿Y para qué, por todos los diablos? Los muertos se cuidan solos, ¿no cree?

Tal vez trató de hacer una broma y se dio cuenta en el acto de su error. De todos modos, la réplica sardónica de Keith no admitía dudas:

—¿Usted cree que no hay que preocuparse por los muertos esta noche, Grant?

Encogiéndose de hombros, el joven gales rechazó:

—Bueno, me refería solamente a esos muertos, no a los endiablados egipcios y sus misteriosos poderes sobre la vida y la muerte…

Eso dejó en el aire la eterna interrogante, particularmente tétrica esa noche. Al observar el evidente escalofrío de ambas mujeres, David Keith no insistió en el tema y, con un encogimiento de hombros, se fue a su propia litera, improvisada entre mesas y asientos del comedor.

Se renovó el petróleo de las lámparas, para dormir con media luz. Y poco después, el silencio y la quietud reinaban, pese a todo, en el convulso campamento arqueológico.

* * *

David despertó en el acto.

Tenía el sueño muy ligero. Se agitó en su litera, envuelto en mantas. Consultó su reloj de bolsillo, a la macilenta luz de una de las lámparas de servicio. Eran solamente las cuatro menos diez minutos. Tenía la piel húmeda de sudor, y se sentía despejado por completo, tras el breve sueño conciliado.

Se preguntó qué era lo que podía haberle despertado tan bruscamente. En el acto lo identificó: el murmullo tenue de voces, no lejos de allí. Miró en torno. Lord Edwards estaba sumido en su sopor artificial. Yvonne permanecía inmóvil, arrebujada en sus ropas. Los lechos de Ammet y de Grant, habilitados también allí dentro, estaban lógicamente vacíos.

Pero también faltaba Valerie Edwards.

Lo demás era fácil imaginarlo. David se incorporó en silencio. Abandonó con sigilo su litera. Deslizóse hacia la lona que le separaba del exterior, sin producir el más leve ruido. Entreabrió la lona.

Afuera, bajo las estrellas, Terence Grant y *lady* Valerie Edwards, aparecían fundidos en un apretado abrazo. Ella jadeaba ahogadamente. Él la besaba, ardiente. Su voz llegó en un susurro:

—… No, no te vayas aún, querida… Nunca tendremos mejor oportunidad…

—Terence, por Dios… —replicó ella—. Podrían descubrimos…

—Tu marido duerme. No puede sospechar nada.

—Pero está Keith. Ese muchacho es muy listo. Sospecha algo…

—¿Qué puede importarnos? Son nuestras vidas, Valerie… Hugh es un viejo para ti. Me necesitas. Y yo a ti… Si esa momia te hubiese librado de él…

—¡Por Dios, no hables así! Es…, es mi marido, Terence…

—Deseas su muerte tanto como yo mismo —sonó hueca la voz de él—. No seas hipócrita, Valerie, porque te engañarlas a ti misma… Ese hombre no significa nada en tu vida. Sólo bienestar, fortuna, sociedad brillante y todo eso. Sin él, seríamos libres los dos…

—Oh, Terence, querido, no sigas…

Él ahogó su protesta con besos. Los cuerpos se ciñeron más

prietamente en la sombra…

David sintió el roce a su lado. Se volvió, sintiendo un escalofrío. La voz de mujer susurró junto a su oído:

—No, no tema nada, David. Soy yo, Yvonne…

—Oh, *mademoiselle* Mimieux, ¿está despierta? —siseó él—. Llegó a asustarme…

—Lo creo. Tenemos todos los nervios a flor de piel. Le vi levantarse. Oí voces, y he visto más o menos lo mismo que usted… —los hermosos ojos claros de la rubia francesita se fijaron en él, muy próximo—. ¿Qué piensa de eso, Keith?

—¿De *lady* Valerie y de Grant? No sé… No es asunto mío, después de todo…

—Lo sé. Pero él es un vividor. Busca la fortuna de ella. Valerie cree que la ama sinceramente. Y está necesitada de amor, de pasión… Es una mujer tempestuosa.

—Sigue sin ser nuestro problema, *mademoiselle* Mimieux…

—Oh, por Dios, David, deje de llamarme así —se enfureció ella —. ¿Tanto le cuesta llamarme simplemente Yvonne? Es más breve, más bonito… y me gusta más.

—Está bien, Yvonne —sonrió él en la sombra—. Gracias por darme esa confianza. Sé lo que piensa. Ella es su amiga. Y también lo es lord Edwards. Yo simpatizo con ambos, pero ¿qué podemos hacer? El mundo está lleno de problemas semejantes.

—El mundo… y, sobre todo, Inglaterra y Francia —sonrió ella, más relajada. Hizo un rápido gesto de silencio—. Eh, mire, David. Terence Grant va a entrar de nuevo. Ella se queda fuera. Sin duda van a seguir más tiempo ahí, haciéndose el amor. Volvamos a las literas o descubrirán nuestro espionaje…

Riendo entre dientes, como cómplices en una granujería, ambos corrieron a sus respectivas literas con sigilo. Cuando Terence Grant asomó, escudriñando toda la tienda, descubrió solamente figuras inmóviles, aparentemente dormidas. Cualquier posible recelo quedó ahuyentado.

Fue sigilosamente a su propia litera. Rebuscó en las ropas, junto a la almohada, buscando algo. David Keith miraba, por el rabillo del ojo, arrebujado en su manta.

Grant extrajo algo de entre las prendas de su bolsa. El petróleo lo hizo brillar tenuemente, con destellos amarillos y un fulgor azul.

Inmediatamente, el reportero entendió.

—Ese bribón… —musitó—. Ha robado alguna pieza de la tumba… Un anillo de oro con una piedra preciosa. Un regalo para seducir más fácilmente a su dama.

Terence Grant, satisfecho, tras una ojeada previsora a sus literas y la de lord Edwards, sacó brillo al aro del anillo, al azul centelleante de la piedra… Luego, satisfecho, se incorporó.

Afuera, en ese preciso instante, sonó un terrorífico, agudo, escalofriante alarido de mujer.

El grito de agonía suprema de *lady* Valerie Edwards.

* * *

—¡La Momia! —rugió David Keith, virulento.

Y abandonando todo fingimiento, saltó de su lecho, corrió dando trompicones, hacia la salida. Tras una duda, mortalmente pálido, Terence Grant lo hizo tras él, tirando el anillo robado al faraón difunto, y empuñando su revólver resueltamente.

—¡Valerie! —chilló—. ¡Valerie, no, Dios mío…!

Los dos hombres, ante la mirada de terror infinito de Yvonne Mimieux, que saltó de su litera, no atreviéndose a permanecer sola con el dormido lord Edwards, y siguió instintivamente a ambos, saltaron al exterior, arma en mano, dispuestos a enfrentarse con la Sacerdotisa del Mal y con la espantosa figura de vendajes, la momia de
Ekhotep IV
, el Faraón asesino.

Se detuvieron, crispados por el horror, desorbitados sus ojos, sin creer lo que veían.

—¡Dios del cielo, no…! —susurró David, estremecido.

—¿Qué…, qué significa… *eso*? —aulló Terence Grant, del color de la ceniza, erizados sus cabellos.

Ambos podían ver ya a la tambaleante, ensangrentada, convulsa Valerie Edwards, volviéndose hacia ellos, agitándose y estirando inútilmente sus manos crispadas, en una patética solicitud de imposible ayuda…, para caer dando volteretas, con una brecha en su cuello.

Y allá, con sus manos crispadas, goteando sangre copiosa, con su rostro convertido en una extraña, delirante máscara rugosa y grisácea, con su cuerpo momificado bajo las ropas que ahora parecían flotar, colgando de aquel cuerpo esquelético y reseco… ¡EL PROPIO *SIR* RONALD GILLING, transformado en la más espantosa y aterradora de las momias imaginables!

Tras él, saliendo como autómatas de la tienda de campaña destinada a recinto fúnebre de las víctimas del fantasma asesino, los tres árabes que murieran en los escalones de la tumba faraónica, eran ahora, también, tres momias rugosas, increíbles, grisáceas y lentas, ávidas de algo, de algo que podía ser la vida humana, la vida de los demás, quizás su propia sangre, ya que los labios resecos y arrugados de la momia viviente de *sir* Ronald… estaban ahora GOTEANDO SANGRE… Sangre succionada de la horrenda herida de *lady* Valerie Edwards…

Los cuatro seres momificados, se movieron ahora, inexorables, ávidos, dantescos, hacia el trío horrorizado, compuesto por Grant, Keith y la bella Yvonne…

Ésta gritó, gritó y gritó, como si estuviese en el mismo filo de la muerte… o ante algo mil veces peor y más horrible.

CAPÍTULO V

—Keith… ¿qué… qué está sucediendo? —gimió Grant, descompuesto, tambaleante, sin atinar a hacer nada.

—No lo sé… —musitó roncamente David Keith, sintiendo el trallazo helado de un escalofrío, a lo largo de su espina dorsal, hasta el mismo fondo de su cerebro—. Pero sea lo que fuere… algo ha transformado a nuestros propios amigos en momias… y nos atacan. Desean nuestras vidas, nuestra sangre… Ignoro por qué, pero es así, Grant…

Retrocedían, ante el avance implacable de los cuatro monstruos. Los ojos de todos ellos brillaban extrañamente, como frías cuentas de vidrio o como simples gemas incrustadas en unas cuencas vacías. La semejanza entre aquellos cuerpos y rostros arrugados, secos, grises y horripilantes, y los que antes tuvieran *sir* Ronald y los servidores nativos, era ya casi inexistente.

No hablaban. Sólo extendían sus manos, convertidas en garras grisáceas, hacia ellos tres. Lenta, ordenadamente, retrocedían ante ese avance pavoroso. David Keith, angustiado, frenético, se preguntaba qué hacer ante aquel horror indescriptible que la alucinante noche egipcia les arrojaba ahora a pleno rostro.

Y lo peor es que no sabía qué hacer…

Las gargantas de las cuatro momias vivientes, eran resecos y oscuros boquetes, de los que ya nada fluía. Eran seres que parecían muertos hacía siglos, a pesar de que sólo lo hiciese de ello unas pocas horas…

—Hay que probar algo —jadeó David ahogadamente.

—Sí, pero ¿qué? —casi sollozó Yvonne, tras él—. Ellos… ¡ellos están *muertos*, David!

—Algo les convirtió en lo que ahora son. Y algo les hizo revivir de pronto, en busca de vidas, de sangre tal vez… No sé, pero es…, es como si algo nefasto y monstruoso les hubiera sido inoculado al

morir de esa forma a manos de la momia de Ekhotep y de la sacerdotisa Hatharit… —no les quitaba la vista de encima, buscando algo humano en ellos, sin encontrarlo. De súbito, alzó su mano armada. Disparó. Una, dos, tres, cuatro veces.

Una bala para cada uno de los cuatro monstruos.

Cada bala, se incrustó en medio de la frente de todos ellos, entre sus cejas, en la que ahora era una simple red cenicienta de surcos y arrugas profundas. Los proyectiles de calibre 32, a aquella distancia, reventaron brutalmente contra el cerebro de los seres demoníacos.

Los tres se quedaron esperando, tensos, preocupados.

Finalmente, muy despacio, uno a uno, *sir* Ronald y los tres servidores árabes, se detuvieron, parecieron vacilar, oscilaron como simples cuerpos sin vida… y cayeron pesadamente, como caerían unos vulgares cadáveres que no pueden sostenerse por sí mismos en pie.

Siguió un profundo silencio en la estrellada noche egipcia. Se miraron entre sí todos ellos. Yvonne rompió en sollozos ahogados, pasada la tremenda crisis sufrida. David y Terence Grant cambiaron una mirada de mudo horror.

Allá, lejos, se oyó un disparo, y la voz de Ammet. El árabe venía a la carrera a reunirse con ellos. David miró a los caídos.

—Sólo espero que los demás nativos no les vean —musitó—. No sé cómo íbamos a poder explicarles eso…

—Eh, Keith, espere —cortó roncamente Grant—. ¡Mire eso!

David miró. Incrédulo, se frotó los ojos ante el nuevo prodigio inexplicable. Estaban erguidos delante de cuatro cuerpos sin vida. Cuatro cadáveres, los de *sir* Ronald y los tres servidores árabes, con sus tremendos boquetes en la garganta…, pero con sus rostros tersos y normales, estirados por la muerte, con sus manos, brazos, cuello y cuerpo de siempre. Sin apariencia alguna de momificación en su piel.

Pero con el boquete de la bala calibre 32, en medio de la frente de cada uno de ellos. Y por el boquete, había asomado una pulpa oscura y coagulada.

—Dios mío, ¿qué pesadilla es ésta? —sollozó Yvonne, mirándoles sin creer lo que veía.

—Me temo que el horror no ha hecho sino empezar —susurró David.

—Pero usted tiene alguna idea al respecto —señaló Terence Grant—. De otro modo… no hubiera hecho esos disparos tan precisos a sus cráneos. Parece que acertó con el método…

—Era algo al azar, simplemente. Pensé que, fuera lo que fuese lo que movía sus cuerpos, con actos simplemente mecánicos, aunque fuese bajo un influjo ajeno, de más allá de lo que conocemos, era por pura lógica su cerebro… Allí tenían el impulso motriz, Y allí traté de frenarlo, del único modo razonable. Si eso fracasaba, podía ser nuestro final.

—Y no fracasó.

—No, a menos que vuelvan a resucitar… momificados como antes —les miró, sacudiendo la cabeza. Luego, penosamente, alzó los ojos y contempló a Terence Grant—. ¿Entiende lo que sí hemos de hacer e inmediatamente, Grant?

—No, no entiendo… —balbuceó él.

—La señora Edwards —señaló el cadáver de la esposa de lord Edwards.

—¡Oh, no, no! —jadeó Grant—. Ella no…

—Ella será como ellos, no tardando mucho, si mi teoría es cierta —dijo Keith, contundente.

Y avanzó a grandes zancadas. Se encaró al cuerpo sin vida, casi desangrado ya. Fríamente, sin una vacilación, apuntó a su frente. Yvonne se aferró a Grant, cubriéndose los ojos horrorizados. También el propio Terence Grant desvió la mirada, con un espasmo.

Restalló la detonación.

—Ya está… —susurró David. Repuso la bala gastada, retirándose del cuerpo de Valerie, en cuya frente, el boquete oscuro, dejaba resbalar un negro goterón—. Es deplorable, pero hemos de hacerlo con todo el que muera violentamente. Además, creo que valdrá más enterrar a todos inmediatamente… sólo esperando a que lord Edwards vea a su esposa antes de ser sepultada en este valle de reyes egipcios.

—Y… ¿y qué explicación le daremos a lord Edwards de lo sucedido? —indagó, estremecido, Grant, mirando significativamente al joven periodista.

David le contempló a su vez con igual aire expresivo. Y, sin añadir más, replicó:

—La verdad, Grant. O… casi toda la verdad…

* * *

Lord Edwards apartó sus ojos enrojecidos del lugar donde Valerie había sido sepultada, bajo el ardiente sol del mediodía egipcio. Algo más allá, otra fosa había acogido a *sir* Ronald y a los tres servidores egipcios.

—Dios mío, nunca pensé… volver a Londres sin ella —gimió el aristócrata.

—Ninguno de nosotros pensó que ocurriría cuanto ha sucedido, lord Edwards —susurró David Keith—. Y temo que mi periódico se niegue a publicarlo, si escribo el relato. Tendré que escribir solamente una parte de la verdad, si quiero seguir perteneciendo a la plantilla del *London News*… y lejos de todo hospital para locos.

—Pero por el amor de Dios, amigo Keith… —el noble inglés se volvió hacia él—. Usted parece saber qué está sucediendo, realmente. ¿Por qué no nos habla de ello?

—Temo no tener evidencia alguna, señor. Son sólo suposiciones, teorías…

—Como tales me gustaría oírlas —declaró ahogadamente Terence Grant—. Cuando menos, habrá una explicación, cierta o no, a los terribles sucesos de esta horrenda noche.

—No sé si es una explicación, Grant, pero… parece obvio que la maldición de Hatharit se cumplió. Y que, por tanto, el papiro del escriba Tefbet es auténtico. Aparte de eso, dando por hecho que la hermosa Hatharit resultó, por obra de los infernales poderes invocados por ella hace tres mil años, apenas se abrió la tumba en que hallara la muerte, y que bajo su poder e influjo se mueve ahora la momia del propio Ekhotep IV, existe otro aspecto mucho más complejo e inquietante.

—¿Cuál, David? —se interesó lord Edwards.

—Que los seres muertos por la momia, se convierten, a su vez, en otras momias. Ignoro si eso forma parte de la propia maldición, o una especie de milenario virus penetra en los cuerpos atacados, alterando su naturaleza y afectando a sus cerebros. En éstos se forma una vida refleja, acaso una simple recepción del poder diabólico de Hatharit, y cobran vida, atacando a los seres vivientes… en busca de sangre.

—¡Sangre! —tembló Yvonne—. ¿Vampirismo, David?

—Algo semejante. Las momias, por contagio, precisan algo que mueva su cerebro: sangre, que sin duda riega sus centros nerviosos por algún fenómeno biológico increíble… Para inmovilizar esos cerebros dirigidos por una voluntad superior… es preciso hacer un disparo, uno solo que se incruste en medio de su cráneo, y con él romper el circuito establecido, anulando la acción vital de ese fantástico virus.

—Es una historia para dementes —jadeó lord Edwards, muy pálido.

—Si usted, que sabe lo sucedido, dice eso, imagínese lo que dirían mis lectores y mi propio editor, lord Edwards —dijo Keith con amarga sonrisa. Sacudió la cabeza—. Es una simple teoría, pero ahora temo saber por qué se alejaron sin atacarnos Hatharit y el Faraón Maldito…

—¿Por qué, Keith? —se inquietó Terence Grant.

—Porque ellos saben —o, al menos, ella lo sabe—, que existe esa contaminación, esa difusión masiva de posibles y futuros monstruos. En suma: si Hatharit y el faraón lograsen salir de este valle de alguna forma… todo Egipto, y posiblemente todo el mundo… ¡podría verse asolado por una plaga terrorífica de momias vivientes! Cada víctima de su mortal zarpazo, será otra momia más, apenas resucite, si no se evita antes con ese disparo en el cráneo… ¿Se dan cuenta de lo que eso significaría, si esos dos monstruos de ultratumba llegasen de alguna forma… a Europa, al propio Londres?

El horror de tal suposición delirante, asomó a los ojos de todos ellos. Lord Edwards se agitó frenético.

—¡Hay que avisar a las autoridades, revelarlo todo, aunque nos tomen por locos! —aulló.

—Sí, lord Edwards —afirmó David—. Estoy conforme con usted, pero… ¿llegaremos a tiempo de evitar que el mundo entero esté amenazado por la plaga de los muertos momificados?

La tremenda interrogante de David Keith, flotó en el ambiente, como la más terrorífica e intangible de las amenazas.

* * *

El majestuoso velero del capitán Sheik Zadir, acostumbraba a hacer el recorrido del Nilo, desde El Cairo hasta Luxor, e incluso a veces había llegado hasta Abu Simbel.

Era una embarcación lujosa, un auténtico barco de recreo, de ágil maniobra, fuerte velamen y gran capacidad de navegación. Sobre todo, bajo la experta mano de un buen marino como el capitán Sheik Zadir.

Aquel verano de 1890, no fue diferente para el navegante árabe, y le sorprendió Nilo abajo, cerca de Luxor, Karnak y sus ruinas. Y, naturalmente, cerca del mítico Valle de los Reyes…

Cuando alguien pisó sigilosamente aquella madrugada la cubierta de su navío, y los tripulantes de guardia fueron asesinados, el capitán dormía profundamente. Y también el resto de su docena de tripulantes.

No pudieron defenderse. Y cuando descubrieron la espantosa, increíble naturaleza de sus atacantes, lo único que lograron hacer, fue gritar, gritar y gritar, hasta sentir desgarradas sus gargantas, en un río de sangre.

Los gritos se perdieron en el Nilo inmenso, sin ser siquiera escuchados.

Poco más tarde, el hermoso y esbelto navío velero, era solamente un buque fantasma, ocupado por muertos. Muertos que no se movían, ensangrentados en sus camarotes o en cubierta.

Solamente una figura alta, fantástica, envuelta en deshilachados vendajes, sin otros ojos bajo las rendijas de sus vendas que la oscura sombra de un rostro embreado y sin pupilas, se movía por cubierta como un ser de más allá de este mundo.

Y una joven de hermosura increíble, de fascinantes ojos verdes y cabellos de azabache, con su cuerpo semidesnudo, sensual y cimbreante, adornado de joyas y sedas del Antiguo Egipto, apoyada en el timón, movía la nave hacia su nuevo destino, muy lejos de Luxor, de Karnak, del Nilo y de Egipto todo.

Poco más tarde, en cada camarote, en cada lugar donde yacía un cadáver horriblemente desgarrado y sangrante, se erguía una dantesca figura rugosa, cenicienta. Una momia nueva, un espectro envejecido en minutos, con polvo y color de siglos, con surcos de milenios en una piel apergaminada y monstruosa, se erguía y avanzaba, como miembro de la más infernal de las legiones

imaginables, hacia la cubierta del navío convertido en tumba flotante.

La momia de
Ekhotep IV
, con andares pausados, majestuosos y terribles, se acercó al timón y a la hermosísima mujer vuelta del pasado. Un murmullo inhumano brotó de entre los vendajes hediondos:

—Y ahora…, ahora, ¿adónde amada Hatharit…?

Ella, la Sacerdotisa del Mal, fija su mirada verde y fascinante en una lejanía apenas adivinada, respondió, con un estremecimiento de su cuerpo seductor y voluptuoso:

—Ahora…, lejos, Ekhotep. Muy lejos… A un lugar donde la maldición puede alcanzar a todos los humanos… A una ciudad cuyo nombre capté en las mentes de esos seres que nos liberaron de la tumba… A… a Londres, Ekhotep… Londres…

SEGUNDA PARTE

LONDRES, 1892

CAPÍTULO PRIMERO

Londres. Una primavera apacible, de días soleados y noches húmedas, pero sin frío. Aunque, eso sí: inevitablemente, la niebla enroscándose en torno a las piernas, en especial alrededor del Támesis…

Aunque la temperatura fuese amable, la propia niebla hacía sentir frío en la piel, con su viscoso roce húmedo. Y eso es lo que le sucedió aquel anochecer a Yvonne Mimieux.

—Creo que haremos bien en volver a casa —se estremeció ella —. Tengo frío, David.

—Sí, Yvonne, como desees —aceptó David, inclinándose hacia el pescante—. Cochero, regresemos ya.

—Claro, señor —y el carruaje inició su rodar sobre el empedrado de Victoria Embankment, de regreso a Charing Cross y Trafalgar Square.

Los dos jóvenes cambiaron entre sí una mirada. Las luces de gas de Embankment, eran manchas azuladas en la bruma, salpicando su recorrido dentro del coche de caballos. Más allá, remolcadores y embarcaciones se perdían en la sucia bruma del Támesis.

—Supongo que tu editor habrá vuelto a confiar en ti… —dijo Yvonne, tras un largo silencio.

—Sólo en parte —rió David, sacudiendo la cabeza—. En cuanto a mis lectores, poco a poco han ido dejando de escribir a la redacción para ponerme verde. Es casi un alivio, Yvonne.

—Han sido injustos contigo. Todos. Yo he sido testigo de los mismos hechos que tú. Y no mentías.

—Claro. Lo sabes tú, lo sé yo, lo saben muy pocos más… Por ejemplo, lord Edwards, Terence… Y nada más. Ammet ni siquiera fue testigo directo de los hechos.

—Pero lord Edwards negó todo posteriormente —le recordó ella —. Y también Terence Grant…

—Por supuesto. Para lord Hugh Edwards, era un compromiso admitir, como financiero y como mecenas de investigaciones científicas, que algo semejante pudo suceder en Egipto. Pensó que se ponía en una situación embarazosa y ridícula. Tal vez no le faltase razón. Recuerda su cargo público, sus relaciones, su museo…

—¿Y Terence Grant?

—Oh, ése es un joven aprovechado y astuto, que utiliza la arqueología como trampolín para sus propios planes en la vida. Llegará lejos, porque sabe sacar partido de todo. Ahí lo tienes: intentando enamorar, y consiguiéndolo además, a la desdichada señora Edwards, allá en el Valle de los Reyes. Y ahora, como ayudante predilecto de lord Edwards, en su museo de Arqueología de Londres. Naturalmente, en una próxima expedición, lo llevará consigo. Y todas esas relaciones, a un joven de su condición le van muy bien: conoce damas de la buena sociedad, busca romances con bellas y ricas señoras… casadas, por supuesto. Hasta que dé con una joven heredera lo suficientemente rica y tonta para casarse con él. Y tendremos al rudo galés convertido en todo un caballero. Quién sabe si un día, será *sir* Terence Grant incluso. ¿Crees que va a renunciar a todo eso para unir su voz a la mía, afirmando que yo no estoy chiflado y que, realmente, cuanto relaté en mi crónica y sostuve en mis entrevistas con otros colegas, al regreso de Egipto, era cierto y no producto del ardiente sol africano y del ambiente supersticioso del milenario país de los faraones?

—No trates de justificarles, David. No fueron honestos ni leales contigo. Te traicionaron, esa es la verdad. Yo intenté ayudarte y…

—Y casi te hunden —rió entre dientes Keith, sacudiendo la cabeza—. No, Yvonne. Admite que he fracasado como periodista y como buen ciudadano londinense, estropeando a muchos aburguesados compatriotas su digestión con mi «horrible y espeluznante relato de macabros hechos fantásticos, imposibles de suceder jamás en este mundo». La frase, claro está, no es mía. Corresponde al muy honorable Howard Byron, cronista de sociedad del severo *Times*.

—Oh, ese odioso Byron… —Yvonne sacudió la cabeza—. Sólo verle, logra ponerme enferma, créeme.

—Te creo. Es un sentimiento común entre tú y yo. Pero recuerda que Howard Byron es un influyente caballero, escritor de moda,

periodista ingenioso, cronista social brillante y lo bastante cáustico para divertir a nuestra sociedad… y, por si todo eso fuera poco, tiene una considerable fortuna. Ah, y una hermanita. Una hermanita lo bastante rica y lo bastante boba para andar ahora como una loca, detrás de nuestro común amigo Terence Grant…

Yvonne Mimieux asintió con un suave movimiento de su dorada cabecita, y el coche de caballos siguió rodando. La joven arqueólogo francesa parecía molesta por muchas cosas.

—De todos modos, no puedo soportar a gente así. Debo hacerlo ahora, si quiero que lord Edwards me confirme ese nuevo cargo, en su museo, que me permita ganar un sueldo decente en Londres y continuar mis investigaciones con alguna holgura, pero eso es todo. Sería capaz de repetir otra vez en público lo que ya una vez dije y me costó el ostracismo durante más de un año.

—Pues no lo digas —la aconsejó David—. No merece la pena, Yvonne. Nuestra relación actual, tras habernos conocido en Egipto, cuando ejercía yo la corresponsalía por culpa de aquella maldita crónica, podría truncarse si lord Edwards no te confirma en tu tarea de clasificadora del museo Arqueológico Edwards, y tienes que regresar forzosamente a París para continuar allí tus trabajos. Por otro lado, tampoco lograrías nada, créeme. No hay ya nada ni nadie que pueda rehabilitarme como periodista. Ni siquiera como persona cuerda y responsable.

—Oh, David, no hables así —le miró, patética—. Ambos sabemos que aquello sucedió.

—Claro. Pero por fortuna, se quedó en Egipto, fuese lo que fuere. La extraña plaga de momificados, de muertos vivientes, se extinguió, esa misma noche en que la momia de Ekhotep desapareció de su tumba. No hemos vuelto a saber nada de él ni de la sacerdotisa Hatharit, así como tampoco de los horribles cadáveres momificados. Y eso debemos agradecer, aunque nos signifique burlas y acusaciones.

Iban a dejar atrás ya el Embankment, doblando sobre la empedrada ruta callejera de Northumberland hacia Trafalgar Square. El suelo era como charol, húmedo y negro en la noche de densa niebla.

Un velero atracaba en esos momentos en el puerto londinense, frente a ellos. Era un esbelto y hermoso navío, de nombre

extranjero, en signos árabes. David lo contempló distraído. Yvonne siguió la dirección de su mirada, y se aferró con un estremecimiento, al brazo de Keith.

—No puedo evitar un sobresalto, cada vez que me enfrento a algo árabe, especialmente egipcio… Como ese simple velero, por ejemplo. ¿Has visto su nombre en la proa? Sé llama Alejandría… Todo lo que me recuerda Egipto, me asusta un poco, en estos momentos…

—Entonces, no debes pasarlo bien en el museo de lord Edwards —comentó irónico David, no prestando ya mayor atención al velero que atracaba en el muelle del Támesis—. Rodeada de tanto jeroglífico, tanto objeto llegado de Egipto… Incluso supongo que clasificarás muy en breve las pertenencias funerarias del rey Ekhotep IV

.

—No me hables de eso —musitó Yvonne, apretando con mayor fuerza su brazo. Los ojos claros y radiantes se ensombrecieron, como si la propia niebla, espesa y sucia, llegase a penetrar en ellos —. Los embalajes han comenzado a llegar desde El Cairo. Posiblemente el próximo mes nos los envíen desde el almacén, para comenzar su clasificación y exponerlos en las vitrinas del museo… Muchas piezas se han quedado en el museo de El Cairo, y otras van al Real Museo de Egiptología de esta ciudad, pero otras muchas son para lord Edwards, como mecenas y organizador de aquella mala dada expedición…

—No hables así —la confortó David, volviéndose y tomando su rostro con mano firme—. Gracias a aquel viaje nos conocimos tú y yo, Yvonne.

—¡Oh, David, eso fue lo único hermoso y digno que sucedió en todo ese tiempo! —casi sollozó ella, abrazándose impulsiva a él.

Sus bocas se encontraron. El contacto fue prolongado y candente.

La buena amistad de David e Yvonne derivaba súbitamente por el cauce natural y lógico, dada su juventud y afinidad de carácter, de ideas, de criterios…

Al separarse, ella respiraba hondo. David la contempló, pensativo, con un brillo distinto en sus pupilas grises e inteligentes.

—Perdona —murmuró él—. No debí…

—David, siempre he sentido algo profundo por ti. Desde entonces. Creo que…, que aquella noche, mientras espiábamos a Grant y a *lady* Edwards…, supe que estaba enamorada de ti.

—Yo lo supe mucho antes —sonrió él—. Desde que te vi. Al escuchar tu grito, desde la tumba del faraón sentí como si el mundo se despedazase bajo mis pies. Por fortuna, todo fue una falsa alarma, y la momia no te atacó…

—La momia… —hubo un escalofrío que agitó el cuerpo sensitivo y esbelto de la joven francesita. Cerró un instante los ojos —. No quisiera pensar en… en ella.

—No lo hagas —aconsejó Keith—. Después de todo, es algo que quedó atrás. Definitivamente atrás, y para siempre. Eso ha sido una buena cosa, aunque profesionalmente me perjudicase. Aquello… aquello hubiera sido demasiado terrible para todos.

El carruaje alcanzó finalmente el frente de un amplio edificio de grandes ventanales iluminados, cerca de Trafalgar Square. David hizo parar el vehículo, y contempló a Yvonne, descendiendo de él. La ayudó a poner pie en el charolado empedrado de Londres.

—Me gustaría entrar contigo —dijo—. Pero me temo que mi presencia no le resultase demasiado grata a lord Edwards. Desde que la opinión pública londinense me marginó, él no ha puesto el menor interés en verme o en apoyarme de alguna forma. Bien, Yvonne. ¿Nos veremos?

—Mañana —suspiró ella—. Ya es tarde, y habrá trabajo en el museo. Iré directamente a casa.

—¿Sola? No está bien eso, a ciertas horas de la noche, en una ciudad como Londres. Hay personas mucho más peligrosas que las momias egipcias, Yvonne.

—Por Dios, no hables así. No bromees con esas cosas.

—No bromeo. Aludía a los delincuentes nocturnos, a los agresores de mujeres… Nuestra capital no sólo ha dado un Destripador, últimamente, sino un Carnicero, un Sanguinario, un Degollador, y no sé cuántos encantadores caballeros asesinos más, en los últimos años…

—No temas. Alguien me acompañará. Quizá Terence Grant, o el propio Ammet. Es un fiel servidor y una persona en quien se puede confiar.

—Está bien, pero no vayas sola a casa después de las nueve de la

noche. Es peligroso. Mañana nos veremos, como de costumbre, Yvonne —la miró fijamente—. Cuídate mucho, querida.

—Sí, David —le devolvió intensamente la mirada—. Y tú también. Te quiero.

Dio media vuelta. Se encaminó al gran portalón de la gran casa. Subió los tres tramos de mármol de su acceso, y golpeó el llamador de bronce. David la vio entrar, saludando al siempre grave y respetuoso Ammet, el servidor árabe de lord Edwards. Cuando la puerta de la casa hubo cerrado, se inclinó hacia el cochero.

—Al Club de Prensa, por favor —pidió—. En Regent Street…

El vehículo se alejó, rodando sin demasiadas prisas. David miró atrás, a las luces de la suntuosa casa de lord Edwards, difuminándose en la niebla densa de la noche londinense. Se echó el macferlán sobre los hombros, al sentir frío. Las luces se borraron en la bruma.

La gran casa-museo del rico aristócrata, era solamente una oscura forma perdida en la niebla.

* * *

—Buenas noches, Yvonne.

—Oh, Terence, ¿usted por aquí aún? —se sorprendió ella, al ver aparecer al joven galés, con su aspecto de minero bien trajeado, rizoso el cabello, rudo el rostro viril.

—Ha habido trabajo esta tarde, después de irse —sonrió Grant, asintiendo. Le hizo un guiño significativo—. Además, hay dos visitas interesantes en el despacho de lord Edwards, en este momento, y estoy esperando a que salgan, para acompañarles a donde vayan.

—No comprendo.

—Mi querida Yvonne, ¿es que no se da cuenta? Nada menos que Howard Byron y su deliciosa hermanita, Hazel Byron… ¿Va entendiendo ya?

—Claro —trató de no revelar su disgusto por la presencia de los hermanos Byron en la casa. Se quitó sus guantes y su pamela, dejándolo todo encima de un mueble. Caminó hacia las amplias puertas laterales, de acceso al gabinete de clasificación del museo

Arqueológico Edwards. Una vez dentro, graduó la llama de las lámparas de gas, y se encaminó a su mesa de trabajo, observada atentamente por el galés.

—Imagino que viene de pasear con su buen amigo David Keith —comentó Grant.

—Imagina bien —el tono de Yvonne era algo seco ahora, mientras se acomodaba, delante de una serie de pequeños objetos de piedra, alabastro y barro, tablillas y papiros, a la espera de su definitiva clasificación.

—¿Cómo le van las cosas a ese muchacho? Quiero decir en el *News* y todo eso…

—No le van mal. Sigue escribiendo, aunque ya no sea corresponsal en ninguna parte.

—Yvonne, advierto por su tono que me considera responsable de lo sucedido a David —dijo decidido Terence, cruzando hacia ella el gabinete.

—No le culpo de nada. A usted, menos que a nadie. Quizá hizo bien obrando como lo hizo. Se trataba de su carrera, no de la de David Keith.

—Por favor, no sea demasiado dura conmigo. Es que todo aquello que vivimos allí, aquel horror… sonaba tan… tan inverosímil, tan absurdo, lejos ya del Valle de los Reyes, del ambiente de Egipto, hundidos en la niebla inglesa, en plena sociedad británica… Era como hablar de los estranguladores hindúes, de la diosa Vishnú y sus sacerdotes asesinos, y cosas parecidas. Los ingleses tenemos lejanas colonias, pero no entendemos nunca bastante bien nada de lo que sucede en ellas. Aquí, la perspectiva es distinta… Y como nada ha sucedido, Londres entero se mofaría de quien afirmase semejantes cosas.

—Pero usted las vio —acusó ella fríamente, clavando en Terence sus ojos celestes—. Como las vi yo, como las vio el propio lord Edwards, cuya cobardía es menos justificable que la suya, Grant…

—Por Dios, me está llamando… cobarde —jadeó Grant, ofendido.

—¿Acaso no lo es? —replicó ella, incisiva.

No hubo respuesta de Terence, porque sonaron voces en el amplio vestíbulo, y en la puerta del gabinete aparecieron tres personas ahora: lord Edwards, Howard Byron, insoportablemente

elegante, correcto y frío, empuñando su bastón de puño de plata, y ajustándose su alto sombrero de reflejos, color granate oscuro, sobre los bien peinados cabellos, de largas patillas. A su lado, la pelirroja y aturdida Hazel, su bonita hermana, lucía el encanto innegable de su figura llamativa, con un elegante atavío verde y blanco.

—Ah, está usted ahí, Grant —habló lord Edwards—. Bien, el señor Byron y su hermana se ausentan ya. Si quiere usted acompañarles en su carruaje, mi querido amigo…

—Será un placer, por supuesto —asintió presuroso Grant, yendo a inclinarse, cortés, ante la joven—. Estoy a su entera disposición, señores.

—Gracias, Grant —la voz de Byron sonó seca. Los ojos claros del famoso y mordaz periodista y escritor londinense estaban fijos en Yvonne Mimieux. Dando unos pasos hacia ella, habló con fría cortesía—: Usted es *mademoiselle* Mimieux, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —replicó ella con aspereza—. Nos presentaron una vez en el baile benéfico de *lady* Ashton, señor Byron…

—Cierto, lo recuerdo muy bien —la estudió, sibilino—. Usted es la bella e inteligente arqueólogo francesa cuyo único y lamentable error fue apoyar la historia delirante de un joven periodista enfermo de insolación en el lejano Egipto.

Yvonne se irguió rápida, Terence la miró con apuros. Lord Edwards, preocupado, arrugó el ceño.

—Se equivoca, señor Byron —la réplica de ella fue cortante—. Soy el único testigo que tuvo la suficiente honestidad y valor para decir exactamente la verdad sobre unos horribles sucesos en los que *lady* Edwards, entre otros, hallaron la muerte, allá en el Valle de los Reyes. David Keith sólo pretendió ser fiel a sí mismo y a los demás, advirtiendo del peligro terrible que corría la humanidad, si aquella extraña plaga, aquel contagio inexplicable se extendía por el mundo. Por desgracia, no todo el mundo tuvo el mismo valor ni la misma sinceridad.

—Mi querida *mademoiselle* Mimieux —disimuló elegantemente un bostezo el cáustico cronista del *Times*—. Va a hacer ya dos años de aquel viaje a Egipto, ¿y aún pretende corroborar, por simple aprecio, amistad o como quiera llamarlo, la desdichada afirmación de un hombre que quizá bebió un trago de más en un clima tan

ardiente como aquél?

—Señor Byron, a veces pienso que no ha sido ninguna suerte que la plaga no se extendiese realmente por el mundo —dijo ella, altanera—. De ese modo, tal vez ciertas personas hubieran recibido su merecido, a manos de un vengativo faraón egipcio… Por otro lado, esta conversación me irrita y me molesta. Le ruego me deje trabajar tranquila.

—Yvonne, por Dios… —Lord Edwards medió, alarmado. Trató de congraciarse con el periodista—. Howard, trate de entenderla. Es joven, impulsiva y…

—Y muy poco sociable, a juzgar por sus palabras —cortó glacial Byron—. Sí, lord Edwards, he podido darme cuenta de ello. Buenas noches a todos. ¿Vamos, Hazel querida?

Los dos hermanos salieron. Terence Grant les siguió, solícito. Lord Edwards, cojeando levemente aún, como huella de su vieja fractura en Egipto, lo hizo en último lugar. Antes de salir, se encaró furioso a Yvonne. Masculló entre dientes:

—Si quiere que su trabajo conmigo sea duradero, va a tener que dominar sus impulsos, amiga mía. En especial, con personas como Howard Byron.

—Pero es que no va a ser duradero mi trabajo con usted, lord Edwards —cortó ella fríamente. Se puso en pie, dando un manotazo a todos los preciosos objetos agrupados en su mesa—. Me marcho. Inmediatamente y para siempre, lord Edwards.

—Espere, espere, chiquilla —jadeó el noble—. Vuelvo en seguida.

Salió, en pos de los Byron y de Grant. Afuera, piafó un caballo del tiro del carruaje ya preparado. Entretanto, Yvonne tomó de nuevo su pamela y sus guantes. De un colgador, recuperó su capa color azul oscuro.

Rodó él carruaje, alejándose por Trafalgar Square. Regresó lord Edwards, conciliador, con una suave sonrisa en su rostro.

—Vuelva a su tarea, chiquilla, y olvide el incidente —pidió—. Pero en lo sucesivo, trate de dominar sus impulsos y sea cortés con los demás. La sociedad londinense merece un…

—La sociedad londinense, y usted con ella, lord Edwards, me merecen muy poco respeto —cortó la joven, belicosa—. Buenas noches.

—¡Yvonne! ¿Qué significa esto?

—Significa, lord Edwards, que al fin puedo decirle lo que siento. Lamento que haya sido tan poco honrado como para negar la verdad que usted conoce bien a fondo, y que causó, entre otros horrores, la muerte de su propia esposa. Lamento que haya contribuido con su cobarde silencio, a hundir a un periodista honesto y sincero como David Keith. Y lamento, finalmente haber sido demasiado correcta con esa especie de fracaso de verano con piernas que es su amigo Howard Byron. Mi trabajo con usted ha terminado, y me siento feliz. Totalmente feliz, lord Edwards. Adiós para siempre.

Y antes de que el aristócrata pudiera hacer o decir nada para evitarlo, la puerta se cerró de golpe, secamente, tras de Yvonne Mimieux, la audaz e impulsiva francesita.

Lord Edwards, impresionado, se apoyó en el bargueño del vestíbulo, contemplando su pálido rostro en el gran espejo, bajo la araña de cristal de roca, repleta de luces.

—Dios mío, esa criatura tiene toda la razón del mundo —jadeó —. David Keith merecía ser rehabilitado, pobre muchacho. Todos, todos hemos sido unos cobardes.

Se volvió. En la escalera amplia y bien iluminada, Ammet esperaba instrucciones, como cada noche. Miró al silencioso, grave y bien uniformado servidor árabe. Sacudió la cabeza.

—Cena sólo para mí, Ammet —dijo roncamente—. Luego, puedes irte a ver a esos amigos de que me hablaste, en Soho. Yvonne se ha marchado. Para siempre. E hizo bien. Muy bien. No merezco otra cosa. He sido un necio y un ruin todo este tiempo.

—¿Necesita algo, señor? Le veo pálido, con mala cara.

—No, Ammet, no necesito nada, gracias —suspiró hondamente el aristócrata—. Mañana escribiré una carta abierta al *Times*. La redactaré mientras se prepara la cena. Luego, llévala tú mismo y la depositas en algún buzón. Es todo lo que preciso de ti esta noche, fiel Ammet.

—Siempre a sus órdenes, señor… —el árabe, inescrutable, regresó a las dependencias de servicio, para disponer con la cocinera y el resto del servicio, la cena de lord Edwards. Éste se encerró en su despacho. Y allí estaba cuando Ammet llamó para anunciarle que la cena estaba servida.

—Toma —dijo, entregándole una serie de pliegos recién escritos, con la letra menuda y firme del aristócrata, doblados dentro de un sobre que cerró y engomó, dirigido a la redacción de *The Times*—. Es todo, Ammet. Puedes servirme la cena aquí y marcharte ya.

—Sí, señor, gracias —dijo el sirviente árabe.

Minutos más tarde abandonaba la suntuosa mansión de lord Edwards. La carta al *Times* fue depositada en el más cercano buzón.

Ammet se perdió en la densa niebla nocturna. No supo que, al doblar la esquina, en medio de la bruma que no permitía ver a pocos pasos de distancia, dos extrañas sombras rígidas se cruzaron con él.

De haber sabido quiénes pasaban por la acera, cuando él atravesaba la calzada, tras dejar paso a un negro carruaje que se fue en la oscura noche, Ammet hubiera sentido el horror congelando la sangre en sus venas.

CAPÍTULO II

Lord Edwards alzó la cabeza, retirando la bandeja con los alimentos a medio consumir. No sentía apetito alguno.

—¿Quién anda ahí? —insistió—. Pase quien sea. Pueden llevarse ya la bandeja. No quiero nada más.

Nuevo silencio. Denso, extraño. Como si nadie le escuchara. Pero unas pisadas rozaban la alfombra en el corredor. Cada vez más cerca de la puerta.

Lord Edwards se incorporó, intrigado, cojeando levemente al ir hacia la puerta, con algo de disgusto en su gesto.

—Por todos los diablos, ¿no he dicho que pasen de una vez, en lugar de andar por ahí como fantasmones…? —comenzó hablando con voz potente.

La puerta se abrió.

Los cabellos canosos del noble inglés se erizaron. Un horror infinito heló sus venas, y el rostro, ceniciento y crispado, pareció el de un difunto, al encararse a aquellos demoníacos visitantes.

—Buenas noches, lord Edward —dijo la voz de mujer, fría y mecánica—. Le hemos encontrado. Usted inicia la lista. Seguirán los otros, todos los profanadores en principio…, ¡y finalmente todo Londres, toda Inglaterra *y todo el mundo*!

Despavorido, con ojos desorbitados, contemplaba a aquella hermosísima mujer de rasgos egipcios, de belleza extraterrena, fulminándole con sus verdes ojos malignos. Y, sobre todo, a la alta, enjuta, casi gigantesca figura del gran faraón Ekhotep, el Rey Maldito de la historia. La figura envuelta en vendajes deshilachados, adivinándose bajo los mismos, sucios y en desorden, la negra brea y los surcos deformantes que hacían de su rostro y cuerpo un embetunado, acartonado, terrorífico ser sin precedentes.

—No, no… —sollozó el aristócrata—. No es posible… Los muertos… no vuelven a vivir… Es sólo… una momia. No puede

dañar a nadie.

—Es una momia que vive, lord Edwards —susurró ella—. ¡Una momia que obedece el mandato de los dioses del Mal y del Espíritu de las Tinieblas, el poderoso Apophi, que habla por mis labios! ¡Mata, Ekhotep! ¡Mata, y que el polvo de los siglos se extienda por el mundo, creando nuevas momias vivientes…!

—¡No! —chilló lord Edwards—. ¡Socorro, a mí…!

Corrió a tirar del cordón del llamador. La figura sombría, envuelta en vendas embalsamadas, cayó sobre él, pesada e inexorable. La voz de la hermosa Hatharit insistió:

—¡Mata…! ¡Mata…! ¡Mata…!

Y la momia de Ekhotep mató. El faraón asesino siguió matando, más allá de la vida y de la muerte, más allá del tiempo de siglos.

La garganta de lord Edwards, repentinamente desgarrada por el terrorífico zarpazo de aquella vendada mano sobrenatural, manó sangre copiosa. La boca de Hatharit buscó esa herida… Ekhotep alzó al cielo sus manos ensangrentadas, que gotearon de rojo violento sobre los vendajes de la cabeza.

Las gotas de sangre se deslizaron en el rostro negruzco y embreado, pareciendo ser absorbidas por la criatura de otros tiempos.

* * *

El redactor del *Times* pegó un violento respingo al hojear aquellas páginas manuscritas.

Se frotó los ojos, para asegurarse de que, tras una mala noche a causa de su estómago y de una digestión harto pesada, no estaba teniendo pesadillas despierto, y leía lo que no era posible leer.

Pero todo seguía igual. El texto era el mismo.

Excitado, corrió al despacho del redactor-jefe. Entró sin hacerse anunciar siquiera, y *sir* Félix Morgan le contempló ceñudo, esperando que justificase aquella desusada invasión.

—Lea, señor —rogó el redactor—. Llegó en el correo de la mañana. ¿Tiene sentido eso?

Sir Félix Morgan sacudió la cabeza, sin entender. Tomó los papeles escritos. Apenas comenzó a leer, descolgó una bocina de

comunicación de su respetable despacho del *Times*, y avisó, frenético:

—Que venga inmediatamente Howard Byron a mi despacho. ¡Inmediatamente, sí!

Colgó la bocina, furioso, y siguió leyendo aquel texto delirante. Rápido, miró a su redactor.

—Envíen a un reportero de plantilla a casa de lord Edwards. Que lo despierte, aunque esté en el mejor de los sueños, y confirme este escrito personalmente. Usted, avise a Scotland Yard, al superintendente McGregor, por si es publicable o no esta carta… ¡Vamos, pronto, hagan cuanto les digo!

Momentos más tarde, la redacción solemne y severa del *Times* londinense, hervía de actividad, y hasta el propio director del periódico era informado del insólito suceso.

* * *

El superintendente McGregor leyó la carta. Meneó la cabeza negativamente.

—No —dijo—. Si esto se publica tal como está, todo Londres estallará en pánico. Es lo más horrible que leí jamás. Y, desde luego, lo menos digno de crédito de toda mi vida.

—Ya antes escribió alguien eso: David Keith, en el *London News* —señaló hoscamente *sir* Félix Morgan.

—¡Es ridículo, señor! —protestó Howard Byron dignamente—. El viejo lord Edwards debió tener pesadillas o ha querido gastar a todos una broma pesada. Anoche le vi, y estaba perfectamente normal. No pudo escribir, a los dos minutos, una carta semejante… Esa…, esa historia de momias y de contagiados es francamente absurda y grotesca, digna de un *grand guignol*, o de un museo de figuras de cera, pero nada más.

—No se precipite, Byron —le calmó el superintendente—. Esperemos a ver lo que tiene que decir el propio lord Edwards.

Momentos después, el joven redactor del *Times* enviado a su domicilio, regresaba con extrañas noticias:

—Lord Edwards no está en casa —informó—. El servicio ha mostrado su extrañeza, pero un ayudante de lord Edwards, el árabe

Ammet, confirma la versión de que la carta es legítima, que su propio señor se la entregó con orden expresa de depositarla en un buzón, y que parecía muy afectado al escribirla. En cuanto al servicio, asegura que él llamó anoche, pero al acudir a su llamada hallaron vacío el despacho. Pensando que se había retirado a descansar, tras pensarlo mejor, no se molestaron en importunarle. Ahora, sin embargo, hemos descubierto manchas oscuras en la alfombra de su despacho… Manchas como… de sangre, superintendente.

—¡Pronto, a casa de lord Edwards! —masculló el hombre de Scotland Yard—. Y ustedes, avisen a ese hombre, al periodista David Keith, el que primero habló del asunto. Le espero allí esta misma mañana.

* * *

David Keith, muy pálido, cruzó su mirada con el superintendente McGregor. Luego, sacudió la cabeza, fija su mirada en el acartonado oscuro de la alfombra.

—No hay duda —convino—. Es sangre. No entiendo qué puede suceder aquí.

—Señor Keith, he hablado con los redactores del *Times* —dijo el policía—. No creen nada de la historia que usted publicó hace tiempo y que le costó el cargo de corresponsal en El Cairo, pero lo cierto es que tampoco creen en la misiva de lord Edwards, aunque parece legítima. Personalmente, esa historia me parece una estupidez, pero no así la desaparición del aristócrata. Le he hecho venir porque deseo que me ayude a esclarecer todo este lío, si es ello posible.

—Superintendente, lo importante es localizar en seguida a una mujer, la señorita Mimieux… —dijo David agitado—. Ella trabaja con lord Edwards, se quedó anoche aquí con él, y acaso ahora mismo, también ella…

—No, señor Keith. Ammet, el servidor de lord Edwards, afirma que una tal Yvonne Mimieux, abandonó anoche el trabajo, despidiéndose. Y tras eso, su señor escribió el mensaje al *Times*. De modo que esa joven parece ajena a todo esto…, aunque la haré

buscar en el acto, por supuesto. ¿Sabe su dirección?

—Sí —afirmó David—. También interesa que venga Terence Grant, el ayudante personal de lord Edwards.

—Vendrá. Todo el mundo va a decir la verdad, y olvidarse de tonterías sobre momias egipcias y cosas así, esté seguro —afirmó rotundamente McGregor.

David Keith le contempló, abstraído, lleno de tensa preocupación.

—Me gustaría tener su misma serenidad, superintendente —fue su parca respuesta.

* * *

Yvonne se apretó contra el cuerpo de David, dejando que los brazos del joven reportero ciñesen su cintura y hombros con energía, como protegiéndola de un terrorífico e invisible peligro, suspendido súbitamente sobre Londres.

—Dios mío, David… ¿Será posible? —susurró—. Ya ha llegado… Ya ha llegado.

—¿Qué es lo que ha llegado? —demandó apremiante el superintendente McGregor.

—Ella se refiere a lo mismo que lord Edwards. Y lo mismo que yo, ¿entiende?

—Ya —el policía se rascó la cabeza, perplejo—. Diablos, esto no tiene sentido alguno. No puedo creer que todos ustedes, personas sensatas, profesionales del periodismo, científicos y cosas así… piensen en la existencia de seres de ultratumba.

—Sé lo que he visto, superintendente —musitó Yvonne—. Y lo que vi fue demasiado espantoso para que jamás lo olvide. Si el horror ha llegado a Londres…, ¡todos estamos sentenciados a caer bajo la amenaza del virus de la Momia!

—Superintendente, compréndalo —terció David Keith roncamente—. Ya pasó el tiempo de tomarse las cosas como una simple noticia truculenta o el sueño de un día de insolación o de embriaguez. Es algo más, es mucho más. Ese espantoso fenómeno ha tardado en llegar a Londres, pero ha llegado, no sé aún cómo… A estas horas…, a estas horas, superintendente, y quisiera

equivocarme, bien lo sabe Dios, el propio lord Edwards ya no será él mismo…, sino una rugosa, acartonada y terrible momia, un muerto viviente, que buscará nutrirse de la sangre de los seres vivos, haciendo de éstos nuevos engendros polvorientos y deformes, nuevos entes momificados por algún proceso biológico que no acabo de entender, y que el faraón resucitado, la momia de
Ekhotep IV
, lleva consigo, quizá en su propio proceso diabólico da resurrección biológicamente imposible.

—¿Qué quiere decir? —se estremeció McGregor—. ¿Que lord Edwards… será igual que su posible agresor, si éste ha sido realmente una…, una momia egipcia?

—Sí, superintendente —terció con voz tensa Terence Grant—. Eso quiere él decir. Y lo peor de todo es que… dice la verdad.

—¿Cómo? —estalló, escandalizado, Howard Byron, escéptico testigo de la situación confusa en la residencia Edwards—. ¿Es que también usted, Grant, va a apoyar esa farsa grotesca y de pésimo gusto? ¿Se han propuesto entre todos burlarse torpemente de la ciudad, de Inglaterra toda?

—Lo siento, Byron —suspiró Grant, abatido—. Siempre negué esos hechos por miedo al ridículo, a verme triturado, como usted trituró a David Keith… Pero sólo existe una realidad, de la que todos nosotros fuimos testigos, allá en Egipto. Y la crean o no… está ante nosotros, con todo su espantoso significado. Si…, si esa «cosa» ha viajado a través del mundo, desde el lejano Valle de los Reyes, durante casi dos años… ¿cuántos seres ignorados del mundo, serán ahora… momias asesinas, ávidas de sangre humana? ¡Una invasión aterradora nos amenaza… y «nosotros mismos» somos nuestros propios invasores, Byron!

—Usted está loco. Como todos —les señaló, agresivo, con su bastón de puño de plata—. Les voy a desenmascarar ante todo Londres, palabra…, ¡ante la nación entera, si es preciso, hatajo de farsantes sin escrúpulos! ¡Yo, Howard Byron, les aplastaré con el peso de mi prestigio!

—Usted, sanguijuela maldita, hará bien en marcharse —jadeó roncamente David, dominándose para no lanzarse sobre él—. Y escriba pronto sus diatribas contra nosotros, por si no le dejan tiempo de hacerlo… ¡y usted mismo se convierte en una momia

asquerosa y hedionda, sedienta de sangre humana, Howard Byron! En esa situación, estoy seguro de que lograría ser menos repugnante y más digno de compasión que ahora.

Un portazo señaló la salida de Byron de la casa. El superintendente se frotó las sienes con un gemido.

—Esto es para volverse loco —se quejó—. ¿Cómo le cuento yo al jefe superior de policía, al alcalde de Londres, al Gobierno mismo, lo que está sucediendo? ¡Terminaré en un manicomio para toda la vida!

—No, no será así por desgracia para todos —musitó David—. Pronto ese azote, la plaga maldita de la contaminación del virus de las momias nos afectará a todos, si no ocurre un auténtico milagro…

Y oprimió, con más fuerza que nunca, a la estremecida Yvonne contra sí.

CAPÍTULO III

> ¿Peligro de ultratumba sobre Londres? ¿Qué hay de verdad y de mentira en la maldición faraónica hecha peste contagiosa de muerte?

Un periódico tan severo y sobrio como el *Times*, jamás habíase lanzado a un titular semejante en su tercera página, tras la tradicional primera plana llena de anuncios. Posiblemente a esas horas, Howard Byron estuviese espumeando de rabia por su boca, ante semejante sacrilegio periodístico.

Pero Londres estaba asustado. Policías uniformados, e incluso soldados en grupos, montaban guardia por doquier, con orden de no separarse entre sí, y de disparar al aire apenas notasen algo anómalo.

La llegada del atardecer, particularmente brumoso e inclemente, llevó a todas las casas una sombra de temor y superstición. Se cerraron puertas y ventanas, como en los pequeños y viejos villorrios de Transilvania cuando se menciona a los vampiros.

Lord Edwards continuaba sin aparecer. Su suerte, inquietaba a muchos. Y horrorizaba a David Keith, que imaginaba sin dificultades cuál sería su actual aspecto y sus actuales apetitos.

—¿Dónde? —se preguntaba una y otra vez David—. ¿Dónde estarán ocultos, en esta ciudad, la sacerdotisa Hatharit, el faraón momificado… y la «cosa» horrible que ahora será lord Edward?

La pregunta, desgraciadamente, no tenía respuesta.

El superintendente McGregor, en un arranque de intuición, había encargado a Yvonne, a David y a Terence Grant que no se separasen mutuamente ni se arriesgaran a recorrer Londres en plena noche, sin llevar escolta policial nutrida.

Hubieron de prometerlo así, encerrándose en un hotel de Charing Cross, junto con el árabe Ammet, bajo control de Scotland

Yard, mientras brigadas de policía y del ejército, recorrían las alcantarillas y el subsuelo de todo Londres, en busca de posibles escondrijos para los seres llegados desde el reino de las sombras. Armas de grueso calibre, con orden expresa de disparar justo al centro de la frente de los espectros, conforme a las indicaciones de David Keith, habían sido entregadas a todos los hombres uniformados, incluso cargadas con balas especiales explosivas, para mayor efecto.

Terence Grant, sin embargo, no estaba tranquilo, encerrado en aquel confortable hotel, protegido por cordones policiales, mientras ignoraba el curso de los acontecimientos en torno al horror llegado de Egipto.

—Necesitaría salir de aquí de alguna forma —decía una y otra vez Grant.

—No sea loco, Terence —le replicó Keith, disgustado—. Eso sería tanto como ofrecerse a la crueldad vengadora de Hatharit y sus criaturas. ¿No comprende que McGregor puso el dedo en la llaga al recluirnos precisamente a nosotros? Somos los cuatro supervivientes de la expedición arqueológica al Valle de los Reyes. Si Hatharit quiere cumplir la maldición que pronunció, según el papiro de Tefbet… nosotros hemos de ser sus primeras víctimas, en esta alucinante visita a Londres. La mayor prueba está en la personalidad del primer atacado: lord Edwards, mecenas y jefe de la expedición… Los muertos, Grant, saben a quién buscar. Ellos no tienen fallos humanos, como los simples mortales. Están, quizá, más allá del horror y del fracaso, por desgracia para todos.

—No he podido ver aún a Hazel, explicarle lo que sucede… —se quejó Terence—. Ella pensará conforme a lo que le diga su hermano… ¡Tengo que verla, explicarle todo, rogarle que me comprenda!

—No sufra por ella ahora, Grant —le replicó acremente Yvonne —. Sufra por sí mismo, que está en peligro, como todos nosotros. Un peligro invisible, que puede estar aquí mismo, cerca de nosotros, sin que lo sintamos siquiera… Esa chica entenderá. No va a perder fácilmente su amor ni su fortuna, si es que sobrevive para preocuparse por esas minucias.

—Preferiría estar bien seguro de eso —masculló Terence, irritado—. Ustedes quizá no me crean, pero ya no es sólo el dinero

lo que me atrae de Hazel Byron, sino ella misma…

—Vaya, eso sí es un milagro —dijo sarcásticamente David—. Y tras eso, ¿quién no cree que ocurra el prodigio, y los monstruos egipcios puedan ser vencidos?

El silencio que siguió, dio a entender bien a las claras que nadie tenía demasiada fe en eso último. El propio Ammet, silencioso, arrinconado, parecía sumido en profundas reflexiones, no demasiado optimistas.

David Keith vio partir a Terence Grant hacia otra dependencia del bien vigilado hotel. Sacudió la cabeza, preocupado.

—Espero que no haga ninguna tontería —comentó.

La hizo.

Cosa de una hora más tarde, un estrépito de vidrios, en alguna parte del hotel, fue acogido con silbatos y carreras de los agentes de servicio. Pronto se presentó un sargento uniformado, que saludó a David y a los demás.

—Su compañero ha logrado evadirse —dijo—. Hace falta estar loco para hundirse en esta noche de niebla y oscuridad…, habiendo lo que hay suelto por ahí…

Yvonne se estremeció, cambiando una mirada de preocupación con David Keith. Éste habló con rapidez al policía:

—Pronto, averigüen dónde viven Howard y Hazel Byron. Seguro que se ha dirigido allá…

* * *

Dos horas después, la búsqueda policial daba resultados absolutamente negativos.

—Su amigo es un demente —se quejó el superintendente McGregor, visitándoles en el hotel—. No aparece. Tampoco la señorita Byron. Su hermano Howard está tranquilo y se burla de todo esto, pero yo me siento muy preocupado. ¿Tiene idea del lugar al que pueden haber ido ambos?

—No, superintendente —rechazó con voz grave David Keith—. No puedo imaginarlo… y me temo que estamos perdiendo un tiempo precioso. Grant sabía que le buscarían allí, y se debió llevar a la chica consigo, a alguna parte que consideró segura. Cielos, me

pregunto cuál será…

Yvonne habló de repente, con voz tensa:

—El…, el almacén, David… Quizá…

—¿Almacén? —David se volvió con un respingo—. ¿Qué almacén, Yvonne, por Dios?

—El de lord Edwards… Está cerca del Támesis, en Victoria Embankment, no lejos de donde anoche estuvimos, antes de regresar yo a casa de lord Edwards… —musitó ella—. Ese almacén nunca se visita, salvo cuando llega mercancía nueva, para clasificarla y numerarla. Terence tenía una llave de él. Es el único que dispone de una, aparte del propio lord Edwards. Es posible que…

—Superintendente, debemos ir allá —habló David, apremiante —. ¿Me deja que le acompañe?

—Está bien —aceptó McGregor—. Nos acompañarán numerosos policías.

—¿Y yo, David? —preguntó ella.

—No, tú no debes moverte de este hotel, por nada del mundo. El cerco policial es absoluto, y la seguridad mayor que en parte alguna. No te arriesgues, por el amor de Dios… ¿Vamos, superintendente?

—Sí, vamos ya, Keith. Y ojalá su amiga, la señorita Mimieux, haya estado en lo cierto.

* * *

El beso de Terence Grant y Hazel Byron, se interrumpió bruscamente.

Una caja osciló, crujiendo allá, al fondo del mal alumbrado almacén con olor a humedad ribereña.

Se miraron, horrorizados los dos. Ella se aferró a él, estremecida.

—Terence, tengo miedo… —susurró—. ¡Mucho miedo!

Los ojos de Grant, desorbitados, se fijaron en las sombras oscilantes de los embalajes, a la claridad lívida del mechero de gas del muro. Trató de escudriñar las tinieblas, sacando su revólver y amartillándolo.

—Serénate —musitó—. Aquí no pueden encontrarnos. No

imaginarán el escondrijo. Londres es tan grande, Hazel…

Otra caja se agitó, al fondo. El crujido fue más fuerte que el anterior. Los cabellos de Terence se erizaron. El sudor goteó de su rostro, pese al frío húmedo reinante.

—Terence, hay alguien… ¡Viene alguien! —chilló de repente Hazel, demudada.

Él la tapó la boca con una mano, para contener sus gritos. Luego, mortalmente pálido, supo que era cierto. Que no estaban solos. Que en el viejo almacén de mercancías… había realmente «alguien»…

Las siluetas se recortaron en la macilenta penumbra. Delante de todos, la forma rugosa, gris, espantosa, de un desconocido, esquelético, acartonado lord Edwards, de boca crispada, negruzca, ávida de sangre humana para seguir sobreviviendo como un polvoriento monstruo que era ahora, envejecido de milenios en sólo unas horas.

Detrás, Hatharit, hermosísima y dominadora, todo sensualidad y feroz crueldad diabólica. A su lado, la masa enorme, rígida, demoledora, del terrible Faraón Maldito, arrancado de su tumba y de su eterno reposo, por la fuerza de una maldición y de una profanación…

Hazel emitió un alarido escalofriante, y su cuerpo se desplomó, a los pies de Terence Grant que, como poseso, se encaró a las criaturas del horror.

—¡Malditos! —aulló—. ¡Malditos todos! ¡Sois polvo! ¡Polvo y muerte nada más! ¡Volved a vuestras tumbas por la eternidad!

Y comenzó a disparar su revólver una, dos, tres, cuatro, cinco, hasta seis veces.

Vació el cargador. Tres de las balas se incrustaron en la rugosa frente de lord Edwards. Éste se detuvo, con un ronco estertor, y se desplomó lentamente, con negros orificios definitivos en su cráneo. Paulatinamente, la paz y la normalidad sosegaron su horrendo aspecto anterior, dejándole tal y como siempre fue.

—¡Mata! ¡Mata, Ekhotep! —ordenó, triunfante, la sacerdotisa del Mal, en cuyo cimbreante cuerpo voluptuoso las balas no parecían dejar huella. Tampoco al hundirse blandamente bajo los vendajes de la momia faraónica.

Terence Grant, demasiado tarde, supo la terrible verdad.

¡Aquellos dos seres redivivos, «no podían ser muertos» como las demás momias! Las balas no les causaban efecto alguno.

—¡Mata! —aulló Hatharit.

Y la momia cayó sobre Terence. Hubo un largo alarido espeluznante, un desgarrón brutal, un tumulto de sangre en la garganta de Grant.

Luego, el poderoso ser de vendajes embreados, se inclinó. Repitióse el zarpazo de muerte en la blanca garganta de la hermosa Hazel…

La sangre corrió copiosa por él suelo del almacén. Ávidamente, ambas criaturas de ultratumba se precipitaron a absorber aquel manantial rojo de vida extraña y siniestra.

CAPÍTULO IV

—Demasiado tarde, Dios mío.

Las luces, las armas, los uniformes policiales, danzaban por doquier, buscando y removiendo todo estérilmente.

En el suelo, Terence Grant y Hazel Byron, eran dos cadáveres solamente, dos cadáveres ensangrentados, con las gargantas espantosamente abiertas… No lejos de David y del superintendente, el elegante Howard Byron era agitado por violentos espasmos de emoción ante el cadáver de su hermana.

—¿Se convence ahora, Byron? —habló acremente David.

El periodista del *Times* se revolvió hacia él, como picado por un áspid.

—¡No, malditos sean todos! —rechazó—. ¡Esto nada prueba! ¡Sólo que un monstruo asesino anda suelto! Ningún ser enterrado y sin vida puede hacer algo así…

—Se equivoca, Byron —jadeó David con tristeza—. El horror ha comenzado. Y nadie sabe dónde terminará ya… Vea a su hermana, a Grant… Pronto se transformarán, contagiados por el virus que lleva consigo la momia egipcia… Pronto serán rugoso polvo, como si sus cuerpos jóvenes envejeciesen siglos en sólo unos instantes. Y entonces… volverán a la vida. Una horrible y mecánica vida, con avidez de sangre y de destrucción.

—¡No sabe lo que dice! —aulló Byron, precipitándose hacia él, frenético. Le aferró por las solapas de su macferlán, intentando agredirle—. ¡Está mintiendo, sucio embustero, está mintiendo y soltando su sarta de embustes, justamente ahora, ante el cadáver de mi pobre hermana…!

—¿Mintiendo ha dicho? —David Keith sacudió la cabeza, con horror. No trató de golpear a Byron, como era su deseo. Había cosas que herían más, infinitamente más que un golpe. Byron iba a tener suficiente con lo que le esperaba. Le hizo un gesto de cabeza hacia

atrás—. Si cree que miento…, mire. Mire ahora, Byron… y controle sus nervios. Es evidente que el virus de la momia gana por momentos en fuerza y virulencia… y la metamorfosis monstruosa se produce ya en sólo minutos… ¡Mire eso, Byron!

Hubo tal autoridad en su grito, que Howard Byron giró la cabeza.

Un alarido pavoroso escapó de sus labios. Se le erizaron visiblemente los cabellos, y su rostro pareció el de un cadáver. Los ojos desorbitados, asistieron, llenos de horror, a la transformación dantesca.

Terence Grant y Hazel Byron eran, paulatinamente, cuerpos enjutos, rugosos, cuya carne se encogía, se volvía cenicienta, se crispaba, desecándose por momentos. Los ojos se secaban hasta desaparecer bajo los párpados, los labios ennegrecían y se cubrían de hondos surcos… Las manos eran sarmientos convulsos.

Y ambos cadáveres… *comenzaban a moverse*.

McGregor, dominando su impresión, apartó a un lado a Byron, que chillaba y chillaba, en frenética crisis. Hizo un gesto a dos aturdidos policías. Sus armas llamearon sobre los rostros en transformación de ambos jóvenes.

Las balas acribillaron sus cráneos, despiadadamente. Pero una sola hubiera bastado. Sollozando, aterrado, Howard Byron se cubrió el rostro con ambas manos. Los cuerpos recuperaron paulatinamente su apacible aspecto humano, su tersura de piel, su normalidad.

Y dejaron de moverse. Esta vez para siempre.

Todo habla terminado en el viejo almacén cercano al río.

* * *

David Keith pasó sobre el cuerpo sin vida de lord Edwards, con tres orificios de bala en su frente. McGregor cambió una mirada con el joven periodista, mientras salían al exterior, húmedo y brumoso, ante el río, repleto de barcazas, remolcadores, veleros, embarcaciones a vapor…

—Mató al espectro de lord Edward —comentó entre dientes el superintendente—. Pero es obvio que nada logró contra los otros,

porque llegó a vaciar su arma.

—Eso significa que ellos… no son vulnerables a las balas, como los contaminados por el virus de la momia —replicó David, ceñudo.

—Es evidente, sí. Eso pone las cosas más difíciles… ¿Qué clase de arma podrá… aniquilar a esas criaturas del infierno?

—No sé… Lo que me pregunto es cómo supieron dónde se ocultaban ellos dos… a menos que…

—¿Qué, Keith?

—A menos que puedan ver a distancia. Y algo les guíe a la víctima elegida… Quizá el poder mental de esa mujer siniestra, la sacerdotisa del Mal.

—Pero ¿cómo llegaron a Londres, Keith? —se asombró el superintendente—. Egipto está lejos, muy lejos. El mar nos separa de él. Está el Nilo, el Mediterráneo, el Atlántico… Un largo viaje…

—Sí, un largo viaje —los ojos pensativos de Keith se fijaron distraídamente en los buques surtos en el puerto ribereño—. Una embarcación, sin duda, en larga travesía de casi dos años… Acaso llegó un día de éstos a Londres y…

Se detuvo. Repentinamente, evocó unas velas, un nombre con letras árabes… Una palabra traducida por Yvonne: Alejandría. ¡Un velero de Egipto!

—¡Pronto, superintendente! —gritó—. ¡El velero! ¡El velero! ¡El velero Alejandría! ¡Allí tienen que estar ellos! ¡Vamos allá! ¡A aquel muelle!

—Keith, ¿se ha vuelto loco? —masculló el policía, corriendo junto a él, y seguidos por el nutrido pelotón de agentes armados.

—No, creo que no. Estoy seguro de saber cómo y cuándo llegaron ellos a Londres.

* * *

Resultó cierto.

La masacre en el buque fue feroz, despiadada.

Docenas y docenas de momias emergieron por doquier, apenas saltaron los policías a bordo. No hubo piedad para nadie. No podía haberla. Era un auténtico, abominable cargamento de muertos vivientes, de seres acartonados, grisáceos y rugosos… El resultado

de una larga travesía hasta Londres, con el virus creando nuevos monstruos momificados.

Pero terminada la matanza, vaciado de cadáveres vivientes el velero, de ellos dos, de Hatharit y del Faraón Maldito, siguió sin aparecer el menor rastro.

Con desaliento, McGregor comentó entre dientes:

—Me pregunto yo… ¿Dónde andarán metidos, si ya han acabado con lord Edwards, con Grant, con esa chica, Hazel Byron…?

Ahora fue a David a quien se le erizó el cabello, sacudido por la espantosa intuición. Se irguió de un salto, mortalmente pálido. Su mirada vidriosa se fijó en el policía.

—¡Dios mío! —aulló—. ¡El hotel!

—¿Qué quiere decir?

—El hotel… ¡Si ellos saben dónde está cada una de esas víctimas…, han debido de dirigirse a por Yvonne y a por Ammet…! ¡Pronto, superintendente, antes de que sea demasiado tarde! ¡Ocurra lo que ocurra…, hay que llegar a tiempo!

Y se precipitó al muelle como un loco, perdiéndose a través de la niebla, revólver en mano.

McGregor, tras un segundo de duda, dio orden a su gente de correr en pos de David Keith.

Aunque tal vez iban hacia su perdición definitiva, ante unos seres de ultratumba, invulnerables a las armas de fuego.

CAPÍTULO V

La mano vendada cayó, feroz.

Reventó la garganta, en un alud de sangre. Rodó Ammet por el suelo, con un estertor horrible, a los pies de ella.

Yvonne Mimieux supo que era el fin. Trémula, angustiada, pero increíblemente valerosa, esperó a pie firme, delante de la hembra diabólica que la contemplaba con odio infinito, delante de aquel monstruoso ser vendado, de mano poderosa y crispada, presta a caer sobre su garganta.

—Termina conmigo, poderoso faraón —pidió fríamente ella, irguiéndose ante el monstruo—. ¡Vamos, golpea, que no te temo ni me asustas, grande y poderoso
Ekhotep IV
! Sé que fuiste un asesino y un adúltero en la vida, pero no porque tu grandeza y noble persona se viese inclinada a ello, sino porque una mujer malvada hizo de ti un juguete de su perverso capricho… Ekhotep, noble monarca del mayor imperio de todos los tiempos, ¡mata, si tu deseo es volver a la vida y deja tu eterno y merecido reposo para ser sólo un monstruo, un asesino temido, odiado y vil, de la más abyecta condición! ¡Vamos, mata!

—¡Sí, Ekhotep, mata! —chilló triunfal Hatharit—. ¡Mata!…

—No, no… —escapó un murmullo ronco entre los vendajes.

Y, por vez primera, la momia vaciló.

Audaz, temeraria, increíblemente valerosa, Yvonne se movió hacia él, puso su garganta a poca distancia de la enorme mano vendada. Le retó de nuevo, altiva, dominante, segura de sí, sin miedo a morir:

—¡Mata, asesino ruin! ¡Mata como lo haría el más abyecto de tus súbditos y esclavos en aquel tiempo! ¿A esto llegó el grande y poderoso
Ekhotep IV

, por amor y por sumisión a una mujer que sólo representa el Mal? ¡Faraón, la historia podrá decir de ti que, cuando menos fuiste grande y leal después de muerto, al resucitar por un conjuro maldito, y que con ello borraste tus pecados de una antigua vida perdida en los tiempos! ¡Pero sigue adelante, báñate en sangre humana inocente, y complace así a esa malvada criatura que sólo te utiliza como vehículo de su crueldad hacia los demás! ¡Mata, Ekhotep, asesino! ¡Mata, indigno faraón, impropio de tu realeza y dignidad!

—¡Obedece! —chilló Hatharit, con ojos fulgurantes, avanzando hacia él—. ¡Mata ya! ¡Mata a esa profanadora de tumbas reales, Ekhotep, amor mío! ¡Mata por tu amada Hatharit…!

—¡No! —el aullido inhumano y terrible, brotó de los vendajes. La mano vigorosa del faraón momificado se volvió hacia su dueña y señora.

Y allí mismo, cuando David Keith y el superintendente McGregor, seguidos de una horrorizada legión de policías armados, saltaban sobre los cadáveres de docenas de agentes, destrozados por los monstruos, la Momia de

Ekhotep IV

cayó sobre Hatharit, la resucitada Hatharit… y estrujó su cuello con ambas manos, destrozándolo ferozmente… Luego, aquellas manos siguieron golpeando, hundiendo la carne hermosa de la hembra lasciva…

Repentinamente, bailotearon las llamas de gas, como movidas por un viento de los infiernos.

Hatharit, la hermosa y sensual Hatharit, volvió a ser el polvo que siempre fuera… Y su cuerpo momificado, reseco, acartonado, roto ahora por las manos crispadas y vendadas del faraón, cayó atrás, agitándose en la sala del hotel ensangrentado, como un simple maniquí de cartón gris, arrugado y negruzco, como simples pavesas.

Finalmente, el faraón pareció mirar a todos con sus ojos negros y sin forma, de pura brea bajo los vendajes.

—Perdón para el pobre Ekhotep… por toda la eternidad… y paz para su pobre cuerpo cansado… —rogó en un murmullo.

Luego, acaso destrozada su vida artificiosa, producto de un conjuro roto al morir definitivamente la diosa de las Tinieblas, la

momia poderosa se desmoronó, dio volteretas sobre los escalones, hasta quedar inmóvil.

Inmóvil para siempre.

—Yvonne… —jadeó David Keith—. Tú hallaste el arma… para vencerles… El valor… y el desafío… evocando la grandeza de un hombre que no supo escapar al dominio de una mujer perversa, cuyo poder iba más allá de la muerte.

—Oh, David, no… —sollozó ella—. ¡Mi valor… ha terminado!

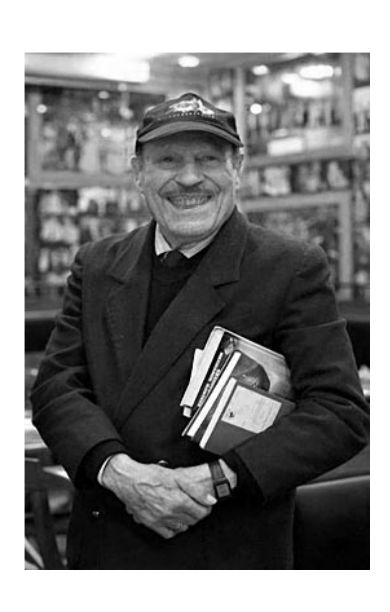
Y cayó en sus brazos, sin conocimiento. David Keith la tomó entre ellos, la alzó en vilo.

McGregor contempló la escena, alucinado.

—Dios mío… —susurró—. ¿Será posible… que haya terminado la pesadilla?

—Sí, superintendente —afirmó David Keith, enérgico—. Creo que sí, gracias a Dios… El milagro se produjo. Ahora, la paz eterna espera al desdichado faraón
Ekhotep IV
… y también quizá a nosotros nos venga también algo de paz y sosiego.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Todo cuanto aquí se cita está escrito en *El Libro de los Muertos*, la obra literaria egipcia que ofrece el ritual interminable y complejo del viaje del *ka*, o el alma humana, a través de la Muerte. *Ba* es el alma purificada ya. *Duat* es el infierno egipcio, y *Arrits* son sus puertas. < <

[2] Téngase en cuenta que el autor sitúa este período de su novela en 1890, justamente ocho años después de que, en 1882, el Gobierno británico dominase Egipto. La labor egiptológica, aunque predominantemente inglesa, fue siempre internacional. < <